

RATAS EN EL JARDIN

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

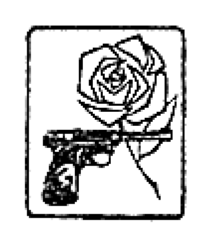
RATAS EN EL JARDIN

LOU CARRIGAN



Colección
ARCHIVO SECRETO n.° 236
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



BRUGUERA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 —Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

384 —Corazón de oro.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

235 —Los siervos de la guerra.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

314 —Se busca por asesino.

En Colección PUNTO ROJO:

835 —Sobra un cadáver.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.488 —Plan «Alas de Oro».

ISBN 84-02-04953-2
Depósito legal: 1978.
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: mayo, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos, de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

SENTADA junto a una de las ventanillas del avión de Alitalia, Brigitte Montfort divisó por fin la isla de Malta, La flamante República de Malta, rodeada de un mar intensamente azul, adornado con las blancas crestas de las olas.

Dentro de muy poco el avión aterrizaría en el aeropuerto Luqa, a poca distancia de La Valetta. Y allá precisamente, a La Valetta, se dirigía Brigitte Montfort. Más concretamente, a una villa cercana a La Valetta, sita en un promontorio desde el que se divisaba toda la bahía. Todavía más concretamente: a Villa Tartaruga, residencia de Número Uno, o, como le conocían en Malta, el signore Angelo Tomasini.

En definitiva, Brigitte acudía a reunirse con Número Uno, su amor. Ciertamente, si se preguntaba en Malta por Número Uno, nadie sabría de quién estaba hablando, pese a que Número Uno era el mejor espía de todos los tiempos. En Malta, Número Uno era el signore Angelo Tomasini, de nacionalidad italiana, todo un caballero y persona que jamás ocasionaba problemas. Muy probablemente, el pasaporte falso a nombre de Tomasini había sido detectado ya hacía tiempo por las autoridades maltesas, pero, considerando la personalidad y comportamiento del tipo en cuestión, habían hecho la vista gorda. Al parecer, en Malta aceptaban las personas de calidad, fuese verdadero o falso su pasaporte. Aparte de que faltaba saber si realmente se habían dado cuenta de que el pasaporte era falso, pues Número Uno no era precisamente un chapucero en estas cuestiones…

«Qué tonterías estoy pensando —se dijo Brigitte, sin dejar de mirar el mar—. ¿Qué importancia tiene eso ahora? Lo que importa… lo que me importa a mí en estos momentos, es cómo me va a recibir él. ¡Santo cielo, he sido tan desconsiderada con él!.. Ya que le puse el telegrama desde Seat Pleasant…»

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la indicación de que los pasajeros debían dejar de fumar y abrocharse los cinturones.

Y una vez hecho esto, Brigitte reanudó su monólogo mental:

«Estoy segura de que dejó algo importante, por acudir a mi llamada. ¿Y qué hice yo? ¡Le dejé esperándome en casa! Él estuvo allí, esperando, esperando… Y cuando supo que había regresado sana y salva a Washington, se marchó, volvió a Malta, sin querer verme. Y la verdad es

que no puedo reprochárselo. Sería muy injusto por mi parte…»

Bajo sus pies, Brigitte notó el fuerte chirrido brevísimo de las ruedas del avión al rozar la pista de aterrizaje. Doce minutos más tarde, las formalidades habían sido cumplidas y la espía y periodista internacional recogía su única maleta y salió de la sala de espera.

Por unos momentos había pensado que quizá Peggy, su ama de llaves, habría avisado a Número Uno de que ella iba a reunirse con él, y que Uno la estaría esperando. Pero no era así. De modo que se dispuso a tomar un taxi para que la llevase a La Valetta.

«No sé qué se me ocurrirá decirle —continuó pensando—, pero sí sé que lo único que no debo decir son tonterías. Nada de pedirle que me disculpe o buscar excusas tontas. Yo le puse un telegrama que él, con toda lógica, interpretó como de llamada. Y simplemente acudió a la llamada… Y yo no me presenté. Supongo que debió quedar dolido, y hasta es posible que un poco irritado…»

—¿Taxi, señorita?

—¿Eh…? ¡Oh, sí…! ¡Sí, sí, gracias!

Se sentó en el asiento posterior del taxi, mientras el taxista cargaba la maleta en el portaequipajes de atrás.

¿Irritado?

¿Irritado Número Uno?

«Claro que no —se dijo Brigitte—. £1 no se irrita nunca. Pero tiene que estar enfadado conmigo. Si quiero ser justa, debo admitir que yo estaría enfadada con él si me hubiese hecho una jugada semejante. Así que, si está enfadado, será con toda la razón del mundo. ¿Cuál debe ser mi actitud? Pues creo que debo simular que no ha pasado nada. Sí, eso haré. Llegaré allá, le besaré, y eso será todo. El no dirá nada, y yo tampoco. Luego, simplemente, sólo tengo que ser lo más cariñosa posible. Aunque en ese aspecto él no puede tener queja alguna de mí, ya que…»

—Le aseguro que yo no tengo prisa.

—¿Qué…? —alzó Brigitte la cabeza.

El taxista, sentado ante el volante, volvía la cabeza hacia ella, contemplándola con curiosidad y agrado.

—Digo que yo no tengo prisa.

—Ah. ¡Oh, perdón! A La Valetta, por favor.

—Muy bien. ¿A qué hotel?

—No, no. Voy a Villa Tartaruga. Está en…

—Todo el mundo en Malta sabe dónde está Villa Tartaruga —aseguró el taxista, poniendo el coche en marcha—. ¿Es usted amiga del señor Tomasini?

—Sí… Sí, sí. ¿Le conoce usted?

—Pues últimamente todo el mundo en Malta conoce al señor

Tomasini, desde que fue propuesto para ocupar un puesto importante en el Gobierno.

—¿Un puesto aquí, en Malta? —exclamó Brigitte.

—Naturalmente.

Brigitte quedó de nuevo sumida en sus preocupantes pensamientos. ¡Santo cielo!.. Número Uno propuesto para… ¡Y ella lo llama tontamente a Nueva York, haciéndole perder el tiempo!

«Sí —continuó pensando—. Le encontraré seguramente tomando el sol, solo, como siempre. Lo mejor será que me tienda a su lado en el césped, como si hiciese cien años que estuviésemos juntos. Él se dará cuenta, por supuesto, pero simulará que ni siquiera me ha oído. Luego me preguntará si quiero tomar el aperitivo, y llamará a *Mamma* María, para que nos los prepare. Así de sencillo. Después, volverá junto a la piscina y seguirá tomando el sol. Está tan acostumbrado a estar solo, que puede hacer todo eso sin inmutarse. ¡Siempre, siempre, siempre tan solo…!»

Claro que la culpa era de ella. Número Uno le había pedido varias veces que lo dejase todo y que viviese con él. Los dos juntos, solos, felices. No necesitaban nada ni a nadie. Pero ella se negaba. Le amaba más que a su vida, pero no podía dedicarse a ser solamente la felicísima y despreocupada Brigitte Montfort… No podía dejar de ser la agente Baby de la CIA… Era absurdo, pero tenía el convencimiento de que, en cuanto ella dejase de meter sus naricitas en los asuntos internacionales, el mundo saltaría en pedazos. Una pequeña prueba de eso la había tenido precisamente hacía muy pocos días, en aquel asunto de los siervos de la guerra, que había terminado en Singapur. Pero… ¿dónde y cómo habría terminado, si ella no hubiese intervenido?

Una vez más, Brigitte rechazó todos los pensamientos ajenos al motivo de su viaje, a Número Uno.

«No —se tranquilizó a sí misma—; no creo que esté enfadado conmigo. Me ama demasiado.»

Sí. Número Uno la amaba tanto que, en definitiva, era una tontería por parte de ella pensar que él pudiese reaccionar de un modo tan vulgar como la irritación o el simple enfado. Decidido: él jamás haría algo que pudiese molestarla o disgustarla.

* * *

—Villa Tartaruga —el taxista se volvió hacia Brigitte Montfort, sonriente—. Servidor de usted.

—Muchas gracias.

Se apearon los dos. El taxista se dedicó a sacar la maleta del portaequipajes, mientras Brigitte, sosteniendo su maletín rojo con

florecillas azules, se quedaba mirando el jardín de la villa a través de las cerradas verjas de hierro forjado.

No importaba que estuviesen cerradas, puesto que ella tenía una llave en el maletín. Mientras la sacaba, se preguntó por qué había llevado el maletín que contenía sus mil trucos de espía. Quizá, por la fuerza de la costumbre; quizá, porque al regresar de Singapur y Washington lo tenía con ella, preparado. Y por otra parte, además de los mil trucos, el maletín contenía realmente cosas que una mujer siempre necesita…

—¿Le llevo la maleta a la casa?

Se volvió a mirar al taxista, sonriente.

—No, gracias. Yo misma lo haré.

—Muy bien. Vaya… El señor Tomasini sí que vive bien, ¿verdad? ¡Daria el pescuezo por tener una villa como ésta!

—Pues no sé qué haría usted, en esta villa, sin pescuezo.

El hombre se echó a reír. Luego, cuando recibió el importe del servicio y la propina, se dijo que todo encajaba: la villa encajaba con el señor Tomasini, el señor Tomasini encajaba con tan bellísima señorita, y tan bellísima señorita encajaba perfectamente con la formidable propina; aquél prometía ser un gran día.

El taxi emprendía el regreso a La Valetta cuando Brigitte introdujo la llave en la cerradura de la verja. Abrió, entró con la maleta y volvió a cerrar. Luego, con la maleta en la mano derecha y el maletín en la izquierda, enfiló el sendero bordeado de flores y palmeras, hacia la casa, que se divisaba al fondo, blanca y azul, grande y hermosa, ligera y elegante.

—Quizá esté trabajando en el jardín, en alguna parte —se dijo Brigitte—. O quizá esté atendiendo a sus palomas mensajeras… Aunque a esta hora, casi mediodía, seguramente estará tomando el sol junto a la piscina.

Justo en el momento en que llegaba a un punto del sendero desde el cual se veía la piscina, la puerta de la casa se abría y aparecía *Mamma* María, el ama de llaves de

Número Uno. La gordísima y blanquísima *Mamma* María, de rozagantes carnes y grandes ojos negros, de bella italiana que ya ha dejado atrás la juventud. La siempre cariñosa, afectuosa, simpatiquísima *Mamma* María.

Pero Brigitte no dedicó más que una mirada a la gordísima María, que corría hacia ella. Se quedó como una estatua mirando hacia la zona de césped que había junto a la piscina. Allá, en efecto, tendido al sol, estaba Número Uno.

Inconfundible. Su cuerpo bronceado, provisto de planos y durísimos músculos, yacía cara al cielo, inmóvil; con la inmovilidad del poderoso

tigre en reposo absoluto. Su cuerpo y sus cabellos todavía se veían húmedos, su recia barbilla parecía apuntar al cielo. Era la estampa que Brigitte esperaba ver. Pero…

Pero Número Uno no estaba solo.

Sentadas en el borde de la piscina, con los pies en el agua, había dos mujeres, en bikini, muy bellas y jóvenes. Una de ellas era negra, de cuerpo fino y elástico. La otra parecía mulata, y tenía los cabellos rubios, en fuerte contraste con los muy negros y rizados de la negrita.

Un poco más allá, en el extremo alejado de la piscina, había otra mujer, a punto de saltar al agua. A Brigitte le pareció árabe. También muy bonita y joven, con un cuerpo espléndido.

Y todavía había dos mujeres más. Una, tendida a un par de metros de Número Uno, al parecer también tomando el sol; se había quitado la pieza superior del bikini y sus erguidos y juveniles pechos apuntaban orgullosamente hacia el cielo.

La quinta mujer, la última… por el momento, estaba tendida de lado junto a Número Uno, y le contemplaba con una expresión que hizo apretar los labios a Brigitte Montfort; esta última mujer era pelirroja, tenía los ojos verdes, la boca grande y roja y, posiblemente, era la más hermosa de las cinco, aunque quizá no la más joven, pues Brigitte le calculó unos veinticinco años.

La pelirroja también la había visto a ella y la contemplaba con curiosidad y un cierto destello irónico en sus verdosos ojos.

Finalmente, Brigitte volvió a mirar a Número Uno, que había abierto los ojos y se estaba sentando, tras ser arrancado de su apacible descanso por los gritos de *Mamma* María, que llegaba jadeante ante Brigitte, fruncido el ceño.

—¿Qué hace usted aquí? —le gritó María, en italiano—. ¿Qué quiere? ¿Quién es usted, si se puede saber, para entrar en una propiedad privada como si fuese suya? ¿Qué se ha creído? ¿Eh?

Brigitte parpadeó, tras contemplar un instante, fijamente, los ojos de María. Luego miró de nuevo a Número Uno, que caminaba sosegadamente hacia allí, lento, majestuoso y poderoso como un auténtico tigre. Sí, él era el tigre y ella la mariposa…

Una mariposa que en aquellos momentos se sentía como clavada a un tablero por medio de un alfiler de hielo. Un terrible y horrendo alfiler gigantesco, que la tenía paralizada, agonizante.

Se sentía fría por dentro, incapaz de moverse. Y sabía que estaba terriblemente pálida.

María continuaba gritando, pero Brigitte no la oía. No la oía porque sus oídos sólo podían captar aquel zumbido de su cabeza, aquel sordo, casi doloroso latido de toda su sangre.

Si era todo una broma, podía pasar, pero, desde luego, era una

broma de tan pésimo gusto que en modo alguno encajaba con Número Uno. Así que… ¿no era una broma?

—Ya está bien, María —apaciguó el señor Tomasini, con su voz profunda, bien timbrada, hablando en italiano—. Yo atenderé a la señorita.

—¡Ella no tiene derecho a…!

—Está bien, está bien. Yo lo resolveré —la negrísima mirada del señor Tomasini se clavó en las azules pupilas de Brigitte—. ¿Puedo servirla en algo, señorita?

Su tono no era frío, no. Sencillamente era neutro, indiferente, quizá con cierto tono amable, que no debía ser más que cortesía, buena educación. Brigitte miró hacia la piscina cuando la muchacha árabe, finalmente, saltó al agua. Luego volvió a mirar los ojos de Angelo Tomasini, en los que siempre, siempre, siempre, había llegado hasta el fondo, hasta su alma y su mente.

En esta ocasión los ojos de Angelo Tomasini estaban «cerrados». No los párpados ocultando las pupilas, no; simplemente, parecía que un cristal negro hubiese cerrado el camino en las pupilas del hombre.

—¿Puedo servirla en algo? —insistió él—. Y de todos modos, me gustaría saber cómo ha entrado usted en mi casa, por qué motivo y con qué permiso.

—¿Es usted… el señor Angelo Tomasini? —susurró.

—En efecto —asintió él; y señaló la maleta de Brigitte—. ¿Quizá la he invitado en alguna ocasión, y ahora no lo recuerdo?

—No… No, señor.

—Ah. Bueno, le agradecería una explicación, señorita… señorita…

—María Piamonte. Venía a instalarme en la casa.

—¿Venía usted a instalarse en *mi* casa? —alzó las cejas el señor Tomasini—. Francamente, me sorprende. ¿Podría usted explicarme eso, si es tan amable? Estoy seguro de que tendrá usted una explicación convincente, señorita Piamonte.

—Quizá me haya equivocado —murmuró Brigitte—, aunque tengo la certeza de hallarme en Malta y en Villa Tartaruga.

—Así es.

—Bien… Ocurre que mi jefe, el señor Verini, ha comprado la casa, en Roma, a un agente inmobiliario. En realidad el trato aún no está firmado, pero…

El señor Tomasini se llevó una mano a la cabeza.

—*Santissima Madona*! —exclamó—. ¡Tiene usted razón, señorita Piamonte! Hace un tiempo, puse la venta de la villa en manos de un agente inmobiliario en Roma, e incluso le entregué una llave, por si alguien quería venir a verla. Pero luego me arrepentí, y le puse un telegrama a dicho agente, notificándole mi última decisión.

Naturalmente, le ha entregado él la llave.

—Así es. Mi jefe quería un lugar como éste, le gustaron las fotografías de la villa, y me ha enviado por delante, para instalarme aquí y prepararlo todo para cuando él llegue. No sé si conoce usted al señor Verini… Yo soy su secretaria.

—No tenía el gusto de conocerla a usted… ni conozco al señor Verini, desde luego. Me temo que ha habido un malentendido en todo esto, y no sé cómo arreglarlo, pues ustedes han tenido unos gastos con este viaje. Opino que lo adecuado sería reclamarle a mi agente el importe de esos gastos. Yo puse el telegrama, se lo aseguro.

—Bien —Brigitte no sabía qué hacer, al parecer—. Lo siento mucho, señor Tomasini. Le ruego que me disculpe.

—De ninguna manera. La culpa no es de usted, ni de su jefe el señor Verini, sino de mi agente. Precisamente tengo que ir a Roma mañana, y me encargaré de aclarar las cosas con él. Mientras tanto, me gustaría saber si puedo hacer algo por usted.

—No sé. No creo.

—¿Tiene usted coche? ¿O quizá prefiere quedarse aquí mientras llega el taxi que puedo llamarle por teléfono? Y naturalmente, si no tiene reserva en ningún hotel, tendré mucho gusto en hospedarla en casa hasta que la consiga, o hasta que regrese a Roma. Estoy a su disposición, señorita Piamonte.

—Gracias… Muchas gracias. Creo que será suficiente que usted me pida un taxi a La Valetta.

—Como quiera. Lamento mucho esto, de veras.

—La culpa no es de usted, según parece. Esperaré al taxi afuera.

—A su comodidad. Si prefiere sentarse en alguno de los bancos del jardín, entre los rosales…

—No. No, gracias. ¿Qué hago con la llave?

—¿La…? Oh, sí. Bueno, cuando haya salido, sea tan amable de dejarla en la cerradura. Luego la recogeré. En cuanto a mi agente, mañana hablaré con él y le convenceré de que debe ponerse a la altura de las circunstancias con su jefe.

—Muy agradecida por todo. Adiós, señor Tomasini.

—Adiós, señorita Piamonte. Lamento que haya hecho usted el viaje para nada.

Brigitte asintió con la cabeza. Se inclinó, recogió la maleta y se dirigió hacia las verjas. Salió, cerró y dejó la llave en la cerradura. Entre las verjas divisó un instante al señor Tomasini, en el momento en que éste se volvía para dirigirse hacia la casa, evidentemente a pedir un taxi por teléfono. Pero no debió pedirlo él mismo, ya que volvió a salir de la casa enseguida, dejando sin duda a María encargada del asunto… El señor Tomasini desapareció, entre arbustos y flores, hacia la piscina. La

señorita Montfort depositó la maleta en el suelo y se sentó en ella.

Desde allí, en el cuarto de hora que estuvo esperando, oía perfectamente las zambullidas en la piscina, y las risas de cinco hermosas jóvenes casi desnudas, una de ellas con los senos al descubierto completamente…

Llegó el taxi, la maleta fue cargada, y Brigitte ocupó el asiento de atrás.

—Lléveme al aeropuerto, por favor —musitó.

Y mientras la señorita Montfort se alejaba de Villa Tartaruga, *Mamma* María depositaba en el césped, entre el señor Angelo Tomasini y la pelirroja, una bandeja con dos copas de martini con hielo, y aceitunas.

—Salud… —alzó Angelo su copa—. ¿Está segura de que sus compañeras no quieren martini?

—Segurísima —rió la pelirroja—: son de religión mahometana, así que no pueden ingerir alcohol. En cambio yo puedo hacerlo, puesto que soy europea… como la elegante joven que ha estado aquí. Era muy bonita y elegante, ¿verdad?

Angelo Tomasini alzó las cejas, como en gesto de divertida reflexión.

—Sí, en efecto —tuvo que admitir—: era una joven muy hermosa y elegante.

—De momento, pensé que se conocían, puesto que ella tenía una llave.

—Ya ha oído la explicación —encogió los hombros Angelo.

—Sí. De verdad, enseguida pensé: quizá es su amante, o algo parecido.

—¿Mi amante? —Número Uno bebió un sorbo de martini y sonrió—. Bueno, no estaría mal, pero la verdad es que jamás, hasta hoy, había visto a esa joven.

Capítulo II

LA anciana de negras ropas, blancos cabellos y lentes de cristales redondos alzó su cansada mirada azul de la revista que había estado hojeando cuando sonó el aviso por los altavoces, anunciando la llegada del vuelo procedente de Malta. Asintió con su noble y aristocrática cabeza cuando el aviso se repitió en inglés, cerró la revista y la guardó en su maletín forrado de raso negro, que había tenido en su regazo.

Luego se puso en pie y, con su paso más bien menudo y todavía con ciertas reminiscencias de coquetería, cruzó el vestíbulo del aeropuerto de Fiumicino, y fue a colocarse frente a la sala de llegadas, dispuesta a esperar una vez más.

Esta vez, sí.

Esta vez distinguió inmediatamente al apuesto y bronceado atleta de más de metro ochenta, entre los demás pasajeros, en cuanto éstos aparecieron en la sala de llegada, dispuestos a recoger sus equipajes.

El apuesto atleta de cabellos color cobre con algunas canas en las sienes, se hizo con su única maleta y salió al vestíbulo. Para entonces, la anciana ya no estaba allí, sino en el exterior, caminando hacia el estacionamiento. Se metió en un «Alfa Romeo», lo puso en marcha y condujo hacia la fachada del edificio del aeropuerto.

Allí el señor Tomasini, que había estado mirando a todos lados, como quien espera a alguien, optó finalmente por encoger los hombros y, hacer una seña hacia uno de los taxis, que poco después rodaba por la autopista que une Roma con Fiumicino. En Roma, el señor Tomasini se hizo llevar al Hotel Spezia, en Via Cavour. Una vez allí, un botones se hizo cargo de su maleta y ambos entraron en el hotel, hacia cuya conserjería caminó el alto y apuesto señor Tomasini, ante el pasmo de algunas mujeres que había en el vestíbulo.

—Angelo Tomasini —se presentó—. Tengo reservada una *suite.*

Así era, en efecto. Pero el señor Tomasini todavía no quería subir a ella. Pidió que el botones le subiese su maleta, y que luego le llevase la llave a un extremo del vestíbulo, donde un amigo estaba esperándole.

Mientras se cumplían las disposiciones del señor Tomasini, que seguía teniendo a las mujeres con la boca abierta, él fue al extremo del vestíbulo y se sentó en una butaca, junto a un hombre menudo, con barbita y lentes oscuros, vestido impecablemente a la europea, pero de

indudable raza árabe. Este árabe, que sostenía en las manos un ejemplar de *II Messagero di Roma*, miró a Angelo Tomasini, y luego se dedicó a doblar cuidadosamente el periódico en forma alargada.

Angelo encendió un cigarrillo y preguntó al árabe:

—¿Señor Al Fat?

—Sí. ¿Es usted el señor Tomasini?

—En efecto. ¿Quiere un cigarrillo? —ofreció Angelo la pitillera de oro, abierta.

—No, gracias. ¿Ellas están bien?

Angelo se quedó mirando la pitillera. Luego la guardó y movió la cabeza.

—Sí, las cinco están bien. Pero hay algo que quiero aclarar desde el primer momento, señor Al Fat: en esta ocasión he cedido a la petición de mi amigo que nos puso en contacto, por tratarse de mujeres; pero habitualmente jamás recibo a nadie en mi casa.

Esto significa que usted deberá olvidar mi nombre y mi domicilio en Malta.

—No tengo inconveniente. Y gracias por haber hecho esta excepción con nosotros, señor Tomasini. Ya me advirtió su amigo que usted nunca recibía a nadie, pero yo insistí en que le consultase a usted, y tratándose de la vida de cinco mujeres, pensé…

—Ya está hecho. Ellas están a salvo allí. Ahora, explíqueme el asunto.

—Se lo expliqué ya a su amigo. Le dije…

—Señor Al Fat, cuando regresé de mi último viaje me encontré con que el asunto estaba ya en marcha. Posiblemente, si hubiese estado en casa, le habría dicho a mi amigo que rechazaba el trabajo, pues no me gustan los asuntos en que intervienen mujeres. Pero tengo por norma no hacer quedar nunca mal a mis amigos, y si él, con la buena intención de agradarme, había iniciado ya las negociaciones, yo las terminaré… espero.

—Oh, yo estoy seguro de ello. Estuve buscando en Roma, y alguien me habló de su amigo, que trabajaba, me dijeron, para el hombre de más categoría en toda Europa para cualquier asunto peligroso. Así que busqué a su amigo y se lo expliqué todo. Sin embargo, no tengo inconveniente en repetírselo a usted… ¿Le entregaron mi cheque?

—Sí.

—Tiene usted unas tarifas muy altas —sonrió Al Fat.

—Lo sé. Pero nunca obligo a nadie a contratarme. Sea tan amable de explicarme, con todo detalle posible, cómo están las cosas y qué espera usted de mí.

—De acuerdo. Naturalmente, usted ha oído hablar del emirato de Qaman, señor Tomasini.

—Sí. Un pequeño país rebosante de arena y petróleo, en el golfo Arábigo. Eso es todo lo que tienen: arena y petróleo. El emir se llama Numel Jalu. No me he interesado más por Qaman.

—Francamente, no parece usted un hombre muy amable, señor Tomasini,

Número Uno le dirigió una inexpresiva mirada.

—Sólo soy honesto… —dijo secamente—. Tenga la bondad de quitarse esos lentes. Me gusta ver los ojos de las personas con las que estoy hablando.

Sileb Al Fat se quitó los lentes, y Angelo pudo ver bien sus ojos menudos, negros, vivos. No expresaban una inteligencia notable, pero sí una gran astucia y una férrea voluntad.

—Complacido —murmuró Al Fat—. Y ahora, hablemos de nuestro asunto. Mi señor, Numel Jalu, está en Roma, de incógnito. Ha alquilado una villa, y permanece allí en compañía de varios hombres que forman su séquito personal y privado: guardaespaldas y consejeros. El motivo de la estancia de Numel Jalu en Roma es el siguiente: hace un tiempo, se iniciaron unas secretísimas negociaciones entre Numel y unos… representantes del Mercado Común Europeo, sobre el petróleo de Qaman, y ahora parece que esas negociaciones van a cristalizar favorablemente para ambas partes…

—Eso quiere decir que su emir está dispuesto a negociar con los representantes del Mercado Común Europeo el envío de petróleo de Qaman a Europa… naturalmente, sólo a los países que pertenecen al MCE…

—Efectivamente.

—¿Saben los demás estados árabes lo que pretende su emir, Numel Jalu?

—Claro que no. Usted ya sabe que los países árabes productores de petróleo se han puesto de acuerdo para tener el control absoluto de su producción, y, claro está, lo que

Numel Jalu piensa hacer no les va a gustar en absoluto: todo petróleo vendido a Europa debe ser controlado por la OPEP.

—Numel Jalu va a correr un gran riesgo, al indisponerse con los demás países árabes.

—Sí. Pero está dispuesto a ello. No hace mucho, me habló de que quizá lo hiciese el sha de Persia… ¿Por qué no Numel Jalu?

—Está en su derecho, naturalmente. Pero tendrá que afrontar las consecuencias. Entiendo, pues, que Numel Jalu está en Roma esperando a los representantes del Mercado Común Europeo.

—Y eso ha planteado un problema que yo tengo que resolver.

—Sí. Vea cómo han ocurrido las cosas… Yo me quedé en Qaman, pues, hasta el momento, no le he parecido demasiado importante a

Numel, pese a mis afanes por servirle. Afanes sinceros y leales. Seguramente es por esto que siempre tengo los oídos bien abiertos. Numel Jalu vino a Roma sin mujeres, pero, al parecer, la entrevista con los representantes del MCE iba a demorarse más de lo previsto, y entonces Numel me pidió que le enviase algunas de sus esposas. Naturalmente, yo conozco sus preferencias, así que elegí las que sabía habían de complacerle más: Rachel, la europea; Onira, la negra; Miraxa, la rubia, y Luza y Aida, ambas árabes, de Qaman. Preparé rápidamente el viaje, disponiendo de uno de los aviones privados de Numel. Estaban los preparativos casi terminados, cuando una de las esposas de uno de los secretarios de Numel Jalu solicitó verme con urgencia. Gracias a Alá, decidí atenderla… Me dijo que su marido y otros importantes consejeros habían decidido secuestrar a las cinco mujeres que estaban a punto de emprender el viaje. Dentro de palacio no podrían hacerlo, pues la guardia lo impediría. Pero sabiendo que iban a viajar en un avión privado, habían planeado rápidamente el secuestro: estaban preparando dos aviones con los que darían caza al de Numel Jalu… Dos aviones armados. Por la radio advertirían al piloto de que, si no aterrizaba donde le ordenasen, derribarían el avión. Como comprenderá, en cuanto supe esto…

—¿Por qué se lo dijo a usted esa mujer de uno de los traidores?

—Odia a su marido. Él tiene catorce mujeres más, y hace mucho tiempo que a ella la ha repudiado. En realidad, ella teme que cualquier día él decida hacerle cortar la cabeza.

—Vamos, vamos, Al Fat.

—Puede estar seguro de que esa mujer desaparecería, al menos. Y ella, que ahora le odia, ha querido vengarse y librarse de la muerte, delatando a su amo y señor. Quizá usted no entienda esto, señor Tomasini, pero yo sí.

—Está bien. Siga.

—Cuando supe lo que se estaba planeando, pensé en desistir del viaje, pero rae pareció peligroso para la mujer que me había informado, y por otra parte quizá provocase reacciones más violentas que se están incubando en Qaman. Por lo tanto, decidí que el viaje se realizase. Pero el avión no tomó la ruta prevista. Siguiendo mis indicaciones, los pilotos no volaron por la ruta donde eran esperados, sino dando una gran vuelta, y aterrizaron en Túnez, sin novedad. De allí, tras las negociaciones con el amigo de usted, las cinco mujeres del emir pasaron a Malta, donde entiendo que están a salvo en su villa. Pero eso solamente lo sabemos yo, la mujer del traidor y los dos pilotos. Y usted. Me consta que ninguno diremos nada… Mientras tanto, yo, que me quedé en Qaman a propósito, he venido a Roma en cuanto Numel Jalu me ha vuelto a llamar preguntándome por qué no le envío las mujeres. En estos momentos —sonrió astutamente Al Fat—, los que querían

secuestrarlas no saben a qué atenerse, y supongo que, igual que Numel Jalu, piensan que el avión se ha estrellado en Arabia, o en cualquier punto de Africa, o quizá se ha hundido en el mar. Muy bien, que vayan pensando lo que quieran. Mientras tanto, nosotros tenemos que actuar rápidamente y sacar al emir de la villa, para ponerlo también a salvo.

—¿A salvo? ¿No está a salvo en la villa, rodeado de consejeros y fieles guardianes?

—No. Todos ellos están esperando que lleguen los representantes del Mercado Común Europeo, con un pago inicial, en efectivo, de cien millones de dólares. Cuando los representantes del MCE lleguen con el dinero les matarán, y harán lo mismo con Numel Jalu, y regresarán a Qaman con el dinero. Es evidente que, una vez allí, se apoderarán del mando del emirato y… Bien, ya no sé qué harán a partir de entonces. Pero sí sé que dispondrán de cien millones de dólares y que le habrán… le habrían cortado la cabeza a Numel.

—Eso le evitaría muchos problemas a Qaman, Al Fat.

—Quizá. Pero yo tengo fe en el emir, y sé que él, si hace una cosa, es por algo. Debe tener muy buenos motivos para tratar directamente con Europa. Y yo tengo muy buenos motivos para servirle, como he hecho siempre.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, aparte de la fidelidad que siempre le he dispensado, tengo la convicción de que, cuando esto termine, Numel se dará cuenta de que valgo mucho más de lo que él me había valorado, y obrará en consecuencia.

—Entiendo. Lo que no entiendo es para qué querían los traidores secuestrar a cinco mujeres.

—Si algo les sale mal, servirían para efectuar un canje de vida por vida. Mi señor Numel Jalu tiene especial aprecio por las cinco mujeres que le he confiado a usted, señor Tomasini.

—Todavía no conozco a un árabe del estilo de Jalu, que haya perdonado a quien quería matarle, sólo para salvar la vida de una o varias mujeres: tienen demasiadas.

—Mi emir lo haría. Todos le conocemos bien.

—Si usted lo dice, debe ser verdad, pero yo me permito seguir dudando. Hablemos de los representantes del MCE… ¿Se da usted cuenta de la reacción que cabría esperar, si eran asesinados?

—Su llegada y su cometido son secretísimos. El MCE no ha puesto al corriente de esta oportunidad de conseguir petróleo al resto de Europa… Posiblemente callarían la pérdida de vidas y de cien millones de dólares. Casi con toda seguridad.

—Sí, es posible —admitió Angelo—. ¿Cuántos hombres espera que vengan a representar al MCE?

—Cuatro. Quizá cinco.

—Podría usted advertirles, supongo.

—Si hago eso, le cortarán la cabeza en el acto a Numel Jalu. No olvide que él cree estar rodeado de amigos, pero que, en realidad, todos los que ahora simulan estar protegiéndole sólo están esperando el dinero para empezar a cortar cabezas. Creo preferible aprovecharnos de esta demora de los representantes del MCE para sacar de la villa a Numel y entonces, rápidamente, advertir al MCE.

Angelo asintió y quedó pensativo unos segundos.

—¿Y no podría ser que, simplemente, Numel Jalu saliese de la villa y escapase, por su cuenta?

—No. Con el pretexto de protegerle, siempre está rodeado de guardias, que le matarían si intentaba burlarles. Aparte de que, para mayor seguridad suya, no le permiten salir de la villa. Quieren que esté allí en todo momento, esperando a los hombres que llegarán con el dinero.

—¿Cuándo llegarán?

—No lo sabemos con seguridad. Quizá dentro de dos o tres días. ¿Tendrá usted tiempo de prepararlo todo?

—Espero que sí. ¿Cuántos hombres hay en la villa?

—Diecinueve. Demasiados, ¿verdad?

Angelo encogió los hombros.

—¿Está usted alojado en la villa? —preguntó.

—Sí.

—¿Y le dejan entrar y salir?

—Yo no valgo nada —masculló Al Fat—. Y además, no saben que me he enterado de todo. Llegué para conferenciar con mi emir sobre la desaparición de sus cinco mujeres y, naturalmente, me he quedado aquí para interesarme por el asunto, pidiendo noticias del avión «desaparecido» a las autoridades de varios países. Mi señor quiere estar al corriente en todo momento.

—Ya. ¿Y no van a venir más mujeres? Quiero decir que quizá Numel Jalu haya pedido otras, ¿no?

—He conseguido convencerle de que, dadas las circunstancias, y considerando que quizá dentro de dos días pueda volver a Qaman, no vale la pena correr el riesgo de otro accidente o lo que sea que haya ocurrido.

—Es usted muy eficaz —aprobó Angelo—. Y no dudo de que podría disponer de hombres suficientes para sacar de la villa a su emir.

—¿Vivo o muerto? —replicó vivamente Al Fat.

—Entiendo. En cuanto ocurriese algo le matarían ¿no es eso?

—Puede estar bien seguro. Y yo no tengo la menor capacidad para preparar un rescate así, con todas las garantías debidas. En cambio,

tengo entendido que usted es capaz de llevarse el Kremlin de Moscú sin que los rusos se enteren.

Un destello irónico pasó por los ojos de Angelo.

—Acaba de darme usted una buena idea.

—Bueno, es un modo de hablar…

—¿Dónde está la villa?

—Ya se lo indiqué a su amigo, pero a usted incluso le he preparado un plano. ¿Le parece discreto que se lo entregue aquí?

—Por supuesto… A menos que tema usted que alguien le haya seguido y que nos estén vigilando ahora.

—Claro que no.

Sileb Al Fat sacó un papel doblado de un bolsillo interior de la chaqueta y lo tendió a Angelo, que lo desplegó y se quedó mirándolo con atención. Allí se indicaba la dirección de la villa, y había un plano de la casa y los jardines, así como de la distribución de la casa. Aprobó con un gesto y se lo guardó.

—¿Sabe Numel Jalu lo que está ocurriendo?

—¡No! —respingó Al Fat—, ¡Por Alá, si le dijese lo que está ocurriendo, él no podría ocultar que lo sabe! Se darían cuenta y entonces todo estaría perdido.

—Eso puede significar que tendré la dificultad adicional de secuestrarlo, en lugar de rescatarlo.

—No, no. Usted tiene que informarme dé cuándo y cómo lo hará. Y para entonces, en el momento oportuno, yo habré puesto al corriente a mi emir, y él colaborará en la fuga. Pero no se lo diré antes… No.

—¿Puedo llamarle a usted a la villa?

—Sí. Diga que es empleado de cualquier embajada de uno de los países sobre los cuales se supone que voló el avión que llevaba a las cinco mujeres, y que tiene que pedirme determinados datos. Eso si le preguntan, claro.

—¿Qué clase de armas tienen en la villa?

—Solamente pistolas. Bueno, supongo que habrá algún que otro puñal.

—¿Eso es todo?

—Sí, claro.

—No parece difícil.

Sileb Al Fat se quedó mirando a Angelo Tomasini, sonriendo con un gesto entre resignado e irónico.

—Si yo lo viese tan fácil como usted —dijo—, tenga por seguro que no le habría entregado a su amigo un cheque por valor de doscientos cincuenta mil dólares, señor Tomasini.

—De acuerdo. Antes de treinta horas, le llamaré a usted para decirle

cuándo y cómo lo haré.

—¿Usted solo? —respingó Al Fat.

—Tengo muchos amigos —pareció decirse a sí mismo el señor Tomasini—, pero ello es debido a que casi nunca los utilizo en trabajos en los que puedan perderla vida. Y por otra parte el tigre siempre caza mejor solo. ¿Tenemos algo más que decirnos?

—No creo —murmuró Al Fat.

—Le voy a acompañar a la puerta —dijo Angelo, poniéndose en pie

* * *

—No se moleste —sonó la voz de Al Fat en el paquete de cigarrillos que la anciana había dejado en el asiento contiguo, mientras daba vueltas con el «Alfa Romeo» alrededor del hotel—. Además, el botones hace rato que le está esperando con la llave.

—Puede esperar un poco más —replicó la voz de Angelo—. ¿Ha venido usted en coche?

—Sí. ¿Por qué?

—Me gustaría saber cuántos coches tienen en la villa —preguntó Angelo Tomasini.

—Contando el que estoy utilizando yo, tres. ¿Tiene eso importancia?

—No, si está usted seguro de que alguno de los guardaespaldas traidores de Numel Jalu no le han seguido en otro.

—Me sorprendería mucho.

La anciana conducía ahora a toda la velocidad permitida con una pericia y seguridad sorprendentes a su edad, y por el enmarañado tráfico de Roma. Tuvo que realizar un par de maniobras que dejó helados a otros tantos conductores pero consiguió llegar delante del hotel cuando, en la puerta Angelo Tomasini se despedía de Al Fat. Mientras éste se alejaba, Angelo Tomasini miró hacia el «Alfa Romeo» con total indiferencia, y luego regresó al interior del hotel, sacando la pitillera, al parecer para fumar otro cigarrillo. Pero cambió de opinión y, tras apretar en una esquina de la pitillera, volvió a guardarla. Dentro del coche «Alfa Romeo», la anciana alargó la mano derecha hacia el paquete de cigarrillos, y presionó el que sobresalía, metiéndolo dentro.

Todo esto sin perder de vista a Sileb Al Fat. Este se metió en un *parking*, del cual salió tres minutos después al volante de un «Giulia» color crema. Estacionada en doble fila, la anciana le vio y partió tras él.

* * *

Finalmente, tras haber recorrido a buena velocidad la autopista, el

«Giulia» llegó a Dido di Ostia, y ya con marcha moderada rodó hacia el embarcadero de yates. Cerca de allí se detuvo, y Al Fat se apeó.

La anciana detuvo el coche también, paró el motor y colocó en su regazo el maletín forrado de raso negro, del cual sacó unos pequeños gemelos de teatro, con los que, muy discretamente, siguió la marcha de Al Fat hacia uno de los yates. Cuando Al Fat hubo entrado en el yate, la anciana miró el nombre de éste: «Soleil». Luego bajó los prismáticos y frunció el ceño.

—¿Franceses? —se preguntó.

Claro que esto podía no significar nada. Aunque el nombre del yate fuese «Sol», en francés, sus ocupantes no tenían por qué ser de esta nacionalidad.

Dejó los prismáticos a un lado y se dedicó a mirar hacia el yate, a simple vista con absoluta paciencia. Sin embargo, no tuvo que hacer gran derroche de ésta, pues Al Fat salió del yate apenas quince minutos más tarde. Le vio meterse en su coche y partir.

Por un momento la anciana estuvo tentada de continuar tras él, pero le pareció que sería demasiado que Al Fat viese a alguien más. Un juego oculto ya era suficiente, así que cabía suponer que el árabe regresaba a Roma, a la villa donde se hallaba instalado Numel Jalu. Eso, aparte de que quizá la visita al yate «Soleil» podía estar perfectamente justificada, sin que implicase un doble juego por parte de Al Fat.

El cual ya se había perdido de vista cuando la anciana dejó de reflexionar. Esperó todavía diez minutos más. Luego se apeó, cerró el coche y, con el maletín en la mano izquierda se dirigió hacia el yate. Llegó ante él y se detuvo, mirándolo especulativamente. Luego, con su pasito un tanto indeciso, emprendió la subida por la blanca pasarela.

Cuando llegó a cubierta, un hombre la estaba mirando, con gesto de sorpresa, no exento de amabilidad. Un tipo alto y fuerte, con barba, y gorra azul y blanca. El capitán del yate, sin duda.

—¿Busca usted a alguien, señora? —preguntó en italiano, pero con acento francés.

—Quiero hablar con el dueño del yate —dijo ella, en perfecto francés.

El barbudo marino sonrió simpáticamente.

—Ah, es usted francesa… Yo también. Quizá podamos entendernos entre nosotros, sin necesidad de molestar al señor Haydon.

—De ninguna manera. Quiero hablar precisamente con el señor Haydon.

—Bien… —el marino vaciló un par de segundos, pero acabó por sonreír de nuevo—. Está bien, le avisaré. ¿A quién anuncio, madame?

—Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

El marino parpadeó. Asintió con la cabeza, y se dirigió al interior del

yate. Reapareció un par de minutos más tarde, cuando madame la duquesa se entretenía mirando al otro marino, que estaba a popa contemplándola a su vez con curiosidad.

—Puede usted pasar, madame.

—Gracias. ¿Quién es ese hombre que me mira tan descaradamente? —señaló al otro marino.

—Mi ayudante —rió el capitán—. El buen Pierre.

—¿Son ustedes la tripulación de este yate? ¿No hay más?

—Como tripulación, no.

—Y usted, ¿quién es?

—Capitán Lucien Courcel, madame; para servirla.

—Muy amable… Muy amable, joven. No se alarme si oye gritos. Sólo querrá decir que le estoy arrancando las orejas al señor Haydon. ¿Hay más «caballeros» con él?

—Dos más —rió Lucien Courcel—. ¿Les piensa arrancar las orejas a los tres?

—Es más que probable.

El capitán lanzó una carcajada y condujo a la anciana al interior del yate. Llegaron al *living-yacht* y, haciendo esfuerzos por no reír, Courcel anunció:

—La señora duquesa de Montpelier.

Uno de los tres hombres que estaban allí sentados, y que se pusieron rápidamente en pie, hizo una seña, y Courcel regresó a cubierta, bien a disgusto, pues le habría gustado presenciar la amputación de un par de orejas a tirones.

La anciana fue mirando de uno a otro de los tres personajes, con gesto colérico. Uno de ellos era alto, ancho y macizo como una roca; tenía los cabellos rojos, el rostro lleno de pecas, los ojos verdes. El de en medio era tan típicamente inglés que no cabía hacer demasiadas cábalas: alto, apuesto, elegante, de unos cuarenta años, flemático y de expresión cortés y un tanto fría. El tercero era sin duda alguna francés, a juicio de madame la duquesa, mediana estatura, rostro atractivo; sonrisa simpática, ojos oscuros y brillantes. Los tres la contemplaban expectantes.

—Muy bien —dijo ella—, ustedes ya saben quién soy yo, así que, ¿quiénes son ustedes?

La sorpresa cundió en el trío. El que debía ser francés sonrió divertido.

—Creo, madame, que es usted quien debe explicarse, no nosotros. De todos modos, permítame la presentación: el señor Schunk —señaló al pelirrojo—, el señor Haydon —indicó al típicamente inglés—, y yo soy Jean Crevett. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Devolverme a mi nieta.

Tres rostros mostraron la expresión más genuina— mente estupefacta.

—¿Su nieta? —exclamó Jean Crevett.

—Así es. Y les advierto que si ha ocurrido algo… desagradable, les voy a denunciar a las autoridades italianas y que les complicaré la…

—Madame —interrumpió Haydon—: se está equivocando.

La anciana pareció primero sorprenderse… Luego frunció el ceño con un gesto de clarísima irritación… que no correspondía en absoluto a la realidad; simplemente, uno de sus viejos trucos de contacto estaba en marcha.

—¿Me estoy equivocando? —exclamó—. ¡Son ustedes los que están muy equivocados, si creen que van a poder burlarse de mí! ¡Exijo que me devuelvan *inmediatamente* a mi nieta! Les advierto que sólo tiene diecinueve años y que, al ser menor de edad, ustedes se están buscando una buena. ¡De modo que…!

—Madame, madame —agitó amistosamente las manos

Crevett—, no siga. No hay ni una sola mujer a bordo de este yate, se lo aseguro.

—¿No? Muy bien, eso lo veremos —la anciana se dirigió hacia el pasillo de los camarotes, vociferando—: ¡Lisette! ¡Sé que estás aquí, Lisette! ¡Sal inmediatamente!

Jean Crevett fue tras ella rápidamente y la asió de un brazo.

—Madame, por favor, no grite. Ya le he dicho que no hay nadie más en el yate…

—¡Suélteme, sinvergüenza! ¡La policía…!

—Permítame, madame… Yo mismo le mostraré los camarotes, para que se convenza. Pero, por favor, no grite; se lo ruego. Vea… Vea, madame… ¿Hay alguien aquí?

Crevett abrió la puerta del último camarote, y la anciana, tras dirigirle una furibunda mirada se asomó. No había nadie, en efecto. Pero madame la duquesa se dirigió sin vacilar al armario y lo abrió. Cuando se volvió a mirar a Crevett, éste estaba de nuevo estupefacto.

—¡Quiero ver todos los camarotes! *¡Todos!*

—Por supuesto, madame. Pero le ruego que se calme. Puede registrar todo el yate, si gusta, pero permítame que yo la vaya guiando… Será un placer. Por aquí, madame.

No había ninguna mujer a bordo. No había nadie más a bordo, simplemente. Cuando la anciana regresó al *living-yacht* ya no estaba furiosa, sino más bien abochornada.

Se sentó en uno de los sillones y miró a los silenciosos Haydon y Schunk, que estaban fumando.

—Les ruego que me disculpen —murmuró—. Pero me aseguraron por teléfono que Lisette estaba en el yate *Sommeil*, así que…

—¿*Sommeil*? —saltó Haydon—. Madame, este yate se llama *Soleil*, no *Sommeil.*

La anciana bajó la cabeza y se quedó mirando a Haydon, pasmada, por encima de sus lentes de redondos cristales.

—*Mon Dieu…* ¿Está usted seguro?

—¡Naturalmente que estoy seguro!

—Dios me perdone… Entonces, ¿no son ustedes los peliculeros?

—¿Los qué?

—Los peliculeros… Esos sujetos desaprensivos que, con el pretexto de hacer películas, se llevan a las jovencitas en sus yates y… Bueno, ya me comprenden…

—Por supuesto que no somos peliculeros —farfulló Schunk, en buen francés—. Y creo que debería fijarse mejor en las cosas, antes de actuar, madame. No es lo mismo *Sol* que *Sueño.*

—Bu… Bueno, yo… Es que… Francamente, mi vista no es muy buena… Vi el nombre del yate, y me dije que era éste el que estaba buscando, así que…

—Pues se confundió usted —dijo Haydon.

—Sí… Sí. ¡Oh, cuánto lo siento! ¿De verdad no son peliculeros? ¿Qué son, entonces?

—Hombres de negocios, en vacaciones, madame —dijo Haydon.

—Oh. Sí, claro… Tienen derecho a ello. Bueno… Oh, Dios mío, ¿qué puedo hacer ahora?

—Le sugiero —dijo Crevett, de pie junto a ella—que siga buscando el yate *Sommeil*, madame.

—No es posible. Ya lo he buscado, y solamente he visto el de ustedes que tenga este nombre… Quiero decir que ninguno más tiene un nombre parecido, en lo más mínimo. Tendré que regresar a Niza. ¿Cómo voy a hacerlo?

—Se supone que del mismo modo en que ha venido, ¿no le parece? —deslizó Schunk.

—Sí… Bueno, el caso es que he venido en coche, y que… en el viaje me he gastado todo el dinero que tenía… Las cosas no nos van muy bien a Lisette y a mí, ¿comprenden? Por eso, temo que esa loca jovencita esté cometiendo alguna locura para conseguir algo de dinero… ¿Y si ella estuviese ya en Niza ahora? —se asustó—. ¡Se alarmará, si no me encuentra en casa! Y no tengo dinero para enviarle un telegrama…

Los tres hombres estaban al borde del desmayo, por asombro. De pronto, Jean Crevett lanzó una carcajada.

—¡Por mi madre! —exclamó—, ¡Es lo más divertido que me ha ocurrido en mi vida!

—Señor Crevett —le miró tristemente la anciana—: no veo qué tiene de divertida mi apurada situación.

—Bueno, madame, tranquilícese… Según yo entiendo, su apurada situación se solucionaría con algo de dinero, ¿no es así?

—Pues… Supongo que ayudaría a solucionarlo, claro. Podría… podría llamar a casa por teléfono, a ver si Lisette ha regresado, y luego podría emprender el viaje de regreso…

—Bueno, bueno, bueno —Crevett sacó un fajo de billetes, sin dejar de reír, y separó algunos—. ¿Qué le parecen a usted cien mil liras?

—¡Oh! Es mucho dinero, señor Crevett… Pero me irían tan bien… ¡Naturalmente, se las devolveré a usted!

—¡Naturalmente!.. —reía el francés a carcajadas—. Pero no debe molestarse: ¡me considero pagado con el placer de haberla conocido!

—Es usted muy amable, de veras.

—¡Por favor, madame! Permítame —Crevett tomó el maletín, lo abrió y metió dentro las cien mil liras—. Servidor de usted. Y además le juro —alzó una mano, volviendo a reír—que no le diremos a nadie que es usted la persona más ingeniosa que hemos conocido. ¡La felicito muy sinceramente!

—Gracias… —sonrió la anciana—. Gracias, caballeros. Naturalmente, no les denunciaré a la policía. *Merci, bon jour*! —pareció cantar.

Salió del *living-yacht*, seguida por las irritadas miradas de Haydon y Schunk, mientras Crevett se dejaba caer en un sillón, riendo a mandíbula batiente.

—No sé qué te causa tanta gracia —gruñó Schunk—: la broma te ha costado cien mil liras.

—*Mon Dieu*! ¿Qué son cien mil liras como precio del espectáculo?

—Esa anciana es una vividora, una estafadora. Todo ha sido un cuento para sacarnos dinero.

—¡Naturalmente que sí! —admitió Crevett—. ¡Pero lo he regalado muy a gusto! ¡Es la estafa más ingenua, simpática y divertida de que tengo noticia! ¡Más divertida que cualquier argumento de vodevil!

—Pues más vale que te lo tomes a sí. Ahora, esa anciana irá a otro yate, con el mismo cuento, y…

—¡Claro que no! No, al menos, en Lido di Ostia. Es demasiado inteligente… Se irá a Anzio, o Fregene, o Napoli… ¡Habría dado cualquier cosa por que mi madre tuviese la caradura de esa simpática anciana, Schunk!

Mientras tanto, la simpática anciana llegó a su coche y se sentó ante el volante, quedando pensativa un par de minutos. No había sacado nada en limpio de la inspección del yate. ¿Hombres de negocios, en vacaciones? Podía ser, desde luego.

La pregunta interesante era: ¿qué clase de negocios podía tener con aquellos tres hombres el árabe Al Fat? ¿Negocios de petróleo? ¿Podían

ser Haydon, Crevett y Schunk tres de los enviados del Mercado Común Europeo, que debían entrevistarse con el emir Numel Jalu? Y si así era: ¿qué estaba tramando Al Fat con ellos, en secreto? ¿O quizá aquellas relaciones no eran un secreto para el emir Numel Jalu?

—No sé cómo me las arreglo para complicarme siempre la vida —reflexionó Annette Simonet—, De un modo u otro…

Un hombre se deslizó de pronto hacia ella, tras abrir rápidamente la portezuela, y la anciana le miró sobresaltada.

El hombre tenía la mano derecha metida en el sobaco izquierdo; con la izquierda mantenía abierta la portezuela.

—Señora —dijo en italiano—, ¿será tan amable de abrir el cierre de la puerta de atrás? Muévase muy despacio, por favor.

La anciana adoptó su más representativa expresión de irritación y sorpresa.

—¿Qué dice usted? —exclamó—. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Haga lo que le digo, señora, por favor. Hablaremos en otro lugar.

—¡Escuche, no pienso…!

—¿Quiere que le pegue un tiro, señora?

Annette parpadeó. Pareció estudiar el rostro del hombre. Un rostro varonil, atractivo, que reflejaba algo más de treinta años… y una dureza adecuada a su tono de voz y a la amenaza. Seguramente era un atractivo y simpático sujeto… pero no en aquellos momentos. Así, que Annette Simonet asintió con la cabeza, se volvió lentamente y tiró del cierre vertical de la puerta de atrás.

El hombre entró en el coche, cerró y dijo:

—¿Adónde vamos?

—Se lo iré indicando. Y le suplico que no me obligue a ser rudo con una anciana. Por favor, señora.

La anciana volvió a asentir con la cabeza, puso el coche en marcha, y arrancó. A los pocos segundos miró por el espejo retrovisor, y vio el coche que llevaba detrás, manteniendo la distancia, un «Fiat» 1430, de color verde oscuro.

—¿Es un compañero de usted? —musitó.

El hombre de atrás entendió fácilmente la pregunta, y asintió:

—En efecto. La estamos siguiendo desde Roma; pero usted estaba tan ocupada siguiendo a Al Fat, que no se dio cuenta.

La anciana no contestó. Lo que había dicho aquel hombre no era cierto. No del todo, al menos. Verdaderamente, puesto que ella se había concentrado en seguir a Al Fat, era posible que hubiese descuidado algo tan elemental como asegurarse de que no la seguían a ella. Era posible. Pero lo seguro era que, para que ella no se hubiese dado cuenta, aquel hombre, y el que ahora conducía el «Fiat», tenían que saber hacer muy bien aquella clase de cosas. Con lo que parte del enigma estaba

solucionado: aquellos dos hombres eran profesionales del espionaje. Y de los buenos. Rusos, naturalmente. A aquellas alturas de su carrera de espía, la anciana podía identificar a un agente ruso con la misma facilidad con que identificaría un elefante a cinco metros de distancia…

—De momento iremos en dirección a Tívoli —dijo de pronto el hombre—. ¿Sabe dónde está?

—Sí. Entonces, ¿no vamos por la autopista?

—No. Ya le iré indicando.

Treinta y dos minutos más tarde, la anciana detenía el coche no sabía exactamente dónde, aparte de que estaba muy cerca de Tívoli y de que había visto dos grandes reactores pasando por encima de ellos. Naturalmente, el otro coche seguía detrás. Dejó de mirarlo para contemplar el pequeño chalé, rodeado de pinos, que tenía ante ella.

—¿Es aquí?

—Pare el motor y salga del coche. ¿Lleva usted armas?

—Una pistolita, en el pecho.

—Sáquela, por favor… Sin volverse, pásemela por encima de su hombro derecho, con el codo apuntando al parabrisas. ¿Lo ha entendido?

La anciana no contestó, pero era evidente que había entendido, pues entregó la pequeña pistola de cachas de madreperla, del modo indicado por su captor. El otro hombre había salido ya del coche y se acercaba a ellos. Llegó y abrió la puerta.

—Salga.

Annette salió del coche. Alrededor había más chalés, parecidos al que tenía delante. Algunos de ellos a menos de cien metros, y en uno de éstos un hombre se dedicaba a cuidar el jardín; o no les había visto o no le interesaban los vecinos. Annette miró a los dos hombres que tenía junto a ella y sonrió.

—Los tres sabemos que no voy a gritar —dijo—. Espero que encontraremos una solución, un arreglo inteligente.

—Por supuesto que sí —el que había viajado con ella señaló hacia la casa, y mientras él y Annette caminaban hacia allí, se volvió a mirar a su compañero—. Echa un vistazo…

El otro asintió y se metió en el coche de la anciana. Esta llegó ante la puerta y se colocó a un lado. El hombre abrió y señaló el interior. Había un pequeño vestíbulo, y a la izquierda una puerta abierta. Entraron allí. Era el salón-comedor. Cerca de la ventana había un sofá y dos sillones; a una seña del supuesto ruso, la anciana ocupó uno de los sillones, quedando de manera que cuando el hombre abrió las persianas, la luz del sol la iluminó profusamente.

El hombre se volvió y se quedó mirándola con curiosidad y en silencio. El otro llegó con el maletín, que depositó sobre el sofá, y lo

abrió. El que estaba de espaldas a la ventana se acercó y contempló el contenido del maletín, tocando los gemelos de teatro, el paquete de cigarrillos que contenía la radio, la pequeña cámara fotográfica, el trípode de patas de aluminio, el secador para el cabello…

—¿No lleva pasaporte? —preguntó.

—¡No!

—¿Cómo entró en Italia?

—Del modo más sencillo del mundo: nací aquí.

—Usted no es italiana.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió la anciana.

El hombre sonrió y se tocó la nariz.

—Olfato —dijo.

—Pues debería usted operarse la nariz, señor… señor….

—Llámeme Gino. A él, Nino. ¿Le parece bien?

—Oh, sí. A mí pueden llamarme María.

—De acuerdo… por el momento. Usted estaba siguiendo a Al Fat, ¿no es así?

—Sería estúpido negarlo.

—Desde luego. ¿Por qué le seguía?

—Un amigo mío ha aceptado trabajar para él, y yo estaba haciendo mi trabajo de siempre: vigilar a quien contrata a mi amigo.

—¿Su amigo es el hombre que estuvo en la puerta del hotel Spezia, despidiendo a Al Fat?

—Sí.

—Parece un sujeto peligroso.

—Lo es.

—¿Para quién trabaja su amigo, y cómo se llama?

—Se llama Bruno, y no trabaja para nadie.

—¿Cómo, para nadie?

—Bueno, en estos momentos trabaja para Al Fat. Mañana puede que trabaje para otra persona. Y dentro de una semana, para otra diferente.

—¿Quiere decir que su amigo y usted no pertenecen a ningún servicio secreto?

La anciana se quedó mirando a Gino con magistral expresión de pasmo.

—¡Claro que no! —exclamó—. ¡Qué tontería! Bruno hace trabajos difíciles para gente que le paga bien, eso es todo. Y yo, y otros amigos, le ayudamos. Siempre paga muy bien.

Gino y Nino cambiaron una mirada. Gino se sentó en el sofá, delante de la anciana… que estaba empezando a temer por su maquillaje de arrugas. El calor era notable dentro de aquella casita que había permanecido cerrada, bajo el sol. Si en lugar de estar en el mes de abril

hubiese sido agosto, el maquillaje se habría deslizado como churretones por el rostro de Annette Simonet. A la cual la blanca peluca comenzaba a molestar, debido también al calor.

—Al Fat entró en el yate llamado *Soleil* —dijo de pronto Gino—. Cuando él salió, entró usted. ¿Cómo explica esto?

—Fui a ver quién había en el yate.

—¿Así de sencillo? —preguntó Nino.

—Empleé un pequeño truco, que hace años tengo bien estudiado para cuando entre en un sitio a pasear mis narices, a ver qué puedo oler. ¿Quieren que les explique el truco?

—¿Qué olió allí dentro?

—Nada especial. Hay cinco hombres. Uno de ellos es el capitán del yate y otro su ayudante, que al mismo tiempo supongo debe ser el cocinero, camarero y cosas así. Los otros tres se llaman Haydon, Schunk y Crevett. Parece que son hombres de negocios en vacaciones.

—¿Hombres de negocios? ¿No gente como nosotros, como Nino y yo, por ejemplo? —preguntó Gino.

—No, no… A mí me han parecido hombres de negocios muy importantes.

—¿*Muy* importantes?

—A mí me lo han parecido.

—¿Le han dicho qué clase de negocios?

—No. Y yo no me he atrevido a preguntar tanto.

—¿Ha mencionado usted a Al Fat?

—Claro que no.

—¿Lo han mencionado ellos?

—No.

—¿A quién han mencionado?

—A nadie. Si me permitieran explicarles el truco que he utilizado, se ahorrarían hacerme muchas preguntas, y sabrían tanto como sé yo de esos homb…

El zumbido intermitente se oyó, ahogado, en el pecho de Nino. Este vaciló, pero enseguida sacó la pequeña radio de bolsillo y admitió la llamada.

—Dime —habló en ruso.

—Soy Anatol… ¿Os pasa algo a ti y a Ilya?

—Claro que no.

—Bueno, estoy vigilando la villa todavía, y como he visto regresar a Al Fat y a vosotros no…

—Sigue ahí. Ya te llamaremos.

—Está bien.

Nino cerró la radio y la guardó. Tanto él como Gino habían estado

mirando fijamente a la anciana, pero ésta no había dado muestras de haber entendido una sola palabra.

—¿Sabe en qué idioma he hablado? —preguntó Nino.

—No. Pero podría ser ruso… ¿No?

—Podría ser. Bien —Nino comenzó a sentarse también en el sofá—, explíquenos el truco que…

El truco que explicó madame la duquesa fue bien diferente al que esperaba Nino: su pierna derecha se alzó, con terrible fuerza, y el grueso zapato se hundió en el centro de su estómago cuando estaba un poco inclinado en el gesto de sentarse. Fue un patadón terrible, que arrancó a Nino un gemido de angustia y vació su cuerpo de aire, derribándole contra el respaldo del sofá, para rebotar y caer de bruces hacia el suelo, desencajado y lívido el rostro.

Pero para cuando Nino llegó al suelo habían sucedido ya muchas más cosas… y seguían sucediendo otras. Gino había lanzado una exclamación, se había erguido, y su mano derecha se había metido bajo la chaqueta.1 toda velocidad. Llegó a sacar la pistola, pero en aquel momento la anciana caía sobre él, y el fortísimo golpe con el canto de su mano derecha arrancó la pistola de la mano de Gino, que lanzó un alarido de dolor y casi simultáneamente disparó su puño derecho hacia el rostro de la anciana, poniéndose en pie para apoyar la dureza del golpe con el impulso de su cuerpo…

El golpe se perdió en el aire, y el impulso de su cuerpo le llevó a chocar de pecho y vientre contra el costado izquierdo de la anciana… Es decir, no llegó a chocar completamente, porque la mujer, aprovechando el propio impulso de Gino, sólo tuvo que asirle velozmente por ambas solapas y tirar de ellas mientras giraba como queriendo volverle completamente la espalda, y al mismo tiempo su pierna derecha describía un amplio y largo semicírculo hacia atrás, cargando el peso de Gino en la cadera.

Fue un *harai goshi* de judo de lo más espectacular. El ruso lanzó un alarido cuando se sintió lanzado hacia arriba y adelante, como si la cadera y pierna derecha de la anciana fuese una catapulta poderosísima. Subió un par de metros y recorrió casi cuatro hacia adelante antes de caer al suelo, de espaldas, en el más formidable y doloroso batacazo de su vida. Todo su cuerpo, y sobre todo su cabeza, resonaron, crujieron contra el suelo. Inmediatamente se sentó, zumbándole los oídos, dándole vueltas la cabeza… Estiró con fuerza los párpados y vio ante él a la anciana. Intentó moverse, pero justo entonces recibió el golpe en un lado del cuello, como si fuese un árbol que la mano de la anciana quisiera cortar.

El ruso cayó de costado, con los ojos en blanco, y ya no se movió.

Caído ante el sofá, Nino estaba gimiendo, y hacía esfuerzos por

incorporarse. En realidad, todavía no sabía lo que había ocurrido ni lo que estaba haciendo. Su instinto no funcionaba ni lo suficientemente bien como para recordar que tenía una pistola bajo el sobaco izquierdo.

Y ya no tuvo oportunidad de recordarlo, porque la pequeña mano de la anciana volvió a funcionar como si se tratara de un hacha.

Inmediatamente, la anciana se quitó la peluca y los lentes, y se dejó caer en un sillón, agitando la cabeza, de modo que la negra y larga cabellera se soltó.

—¡Uf! ¡Ya no podía más!

Capítulo III

CINCO minutos más tarde ya no era una anciana de blancos cabellos. Ni una joven de negros cabellos y ojos azules. Era una mujer de alrededor de cuarenta años, ojos oscuros y cabellera rubia. El inconveniente del vestido fue todavía más fácilmente solucionado: del «Alfa Romeo» sacó su maleta, y de ésta un vestido adecuado a su nuevo aspecto… Los vecinos seguían sin enterarse de nada.

Ya metamorfoseada, se dedicó a registrar a Gino y a Nino, después de hacerse con las pistolas de ambos, por supuesto. También se quedó con la radio de Nino. Y la llave del hotelito. En las billeteras de ambos había documentaciones italianas y dinero; ninguna de estas cosas mereció el menor interés de la rubia, que lo dejó todo sobre el sofá.

Para entonces Gino había despertado de su brusco sueño y la miraba fijamente, en silencio, al principio un tanto desconcertado, y luego con interés. Brigitte se sentó en uno de los sillones, encendió un cigarrillo, y se dedicó a esperar fumando que Nino despertase también.

Cuando esto sucedió, la reacción de Nino fue idéntica a la de su compañero. Los dos miraban fijamente a la rubia cuarentona.

—Mi querida amiga María —dijo ella, en perfecto ruso—me ha llamado para que me entienda con ustedes. ¿Creen que hay posibilidad de que nos entendamos apaciblemente?

Ninguno de los dos contestó.

Sin perder el tono amable, la rubia insistió:

—Ustedes querían saber cosas. ¿No les parece justo que sea yo quien haga las preguntas ahora?

—No le diremos nada —aseguró Nino, también en ruso.

La rubia pareció divertida. Alzó las cejas, sonrió, y acabó por encoger los hombros, tras mirar su reloj.

—Como quieran —aceptó.

Todavía quedaban más cuerdas y cordones de cortinas, que la amistosa rubia utilizó para atar a cada uno de los rusos a un mueble diferente, alejados uno del otro, imposibilitados para ayudarse. Del maletín sacó unas tiras de esparadrapo color carne, que utilizó para amordazar a sus prisioneros, asegurando esta mordaza con sus propias corbatas.

—Hasta luego —se despidió.

Salió de la casa, cerró la puerta con llave y se metió en el «Alfa Romeo», emprendiendo el regreso a Roma. Poco después, entrando en ésta por Via Appia Nuova, detuvo el coche en el primer sitio que encontró libre y sacó del maletín el paquete de cigarrillos, tirando de uno de ellos.

—¿Sí? —se oyó la voz de Angelo Tomasini.

—No hagas nada, por ahora. Hay rusos por medio.

Dónde está la villa de Numel Jalu?

—Via Vitellia, 114.

—Te llamaré luego.

—Bien.

La rubia bajó el cigarrillo. Luego deshizo cuidadosamente el paquete, dejando al descubierto los mecanismos de la pequeña radio. Con una horquilla procedió a cambiar la disposición de las pequeñas placas que determinaban la onda. Luego tiró de nuevo del cigarrillo que disimulaba la palanca de contacto.

—Adelante —dijo una voz masculina.

—Buenos días, Simón.

Hubo un breve silencio. Luego:

—¿Quién llama?

—Baby, en Roma.

—Maravilloso —se animó la voz de Simón—. ¿Qué tenemos que hacer?

* * *

Anatol Ruskin no sabía qué hacer: Estaba tentado de llamar a Ilya y a Mihail, pero éste le había dicho bien claro que continuase allí y que ya le llamarían…

Volvió a mirar su reloj con impaciencia. Luego, volvió a mirar hacia las verjas de la villa. Nadie entraba, nadie salía. Al Fat había regresado hacía más de hora y media y desde entonces nada nuevo había ocurrido. ¿Por qué demonios no le llamaba Mihail? ¿Qué estaba ocurriendo? Y además, comenzaba a dolerle el trasero, de estar tanto tiempo sentado ante el volante.

Mientras encendía otro cigarrillo, observó a la rubia que se acercaba, mirando indecisa a todos lados.

«Esta se ha perdido», pensó Anatol.

Así debía ser, porque la rubia se había detenido, y estaba abriendo un maletín negro. De él sacó un plano, evidentemente de Roma, y tras dejar el maletín a sus pies, se dedicó a consultarlo, si bien pronto quedó patente que cada vez estaba más desorientada. Por fin, la rubia miró

alrededor, desamparada. Vio a Anatol en el coche, y el ruso le sonrió amistosamente. ¿Qué tenía de malo encaminar a una mujer desorientada?

Tal como esperaba, la rubia caminó hacia él, con el maletín en una mano y el plano de Roma en la otra. Anatol se acodó en el hueco de la ventanilla, sin dejar de sonreír. La rubia llegó junto a él, y dejó el maletín en el suelo.

—Perdone, señor… Me parece que me he desorientado. ¿Podría usted indicarme dónde está la esquina de Via dei Pamphili y Via Guerrazzi?

—Con mucho gusto —aceptó amablemente Anatol—. Está muy cerca de aquí. ¿Me permite el plano?

—Oh, sí… Gracias.

Anatol se hizo con el plano, y por supuesto, localizó enseguida la esquina requerida por la rubia. Puso un dedo en aquel lugar del plano, y desvió la mirada hacia la mujer…

—Aquí está…

La rubia sonrió, y movió la mano derecha, que empuñaba una pistolita apuntada a la cabeza de Anatol, el cual palideció ligeramente.

—Es usted muy amable, señor —agradeció la rubia—. ¿Tendría inconveniente en llevarme allí con su coche? Por favor.

Anatol se pasó la lengua por los labios, antes de musitar:

—Suba.

—Muy amable. Tan amable, que no dudo me complacerá en algo más, Anatol.

Con la mano izquierda, la rubia tiró hacia sí de la solapa izquierda de la chaqueta de Anatol, dejando al descubierto la pistola. El ruso, que la estaba mirando fijamente, asintió. Sacó la pistola con dos dedos, y en su rostro apareció un gesto interrogante.

—Al asiento de atrás —dijo la rubia.

La pistola fue lanzada al asiento de atrás. La rubia recogió entonces el maletín, pasó al asiento posterior, y miró al espejo retrovisor, por medio del cual, desde luego, Anatol la estaba mirando.

—¿Ilya y Mihail están bien? —musitó.

—Por ahora, sí. Arranque.

—¿Adónde vamos?

—Ya se lo he dicho: a la esquina de Pamphili y Guerrazzi.

En la esquina de estas dos calles había dos hombres esperando, a pie. Vieron llegar el coche, y se quedaron mirándolo atentamente. Vacilaron un instante, pero acabaron por acercarse. Se asomaron, y vieron a la rubia con la pistolita en la mano. Entonces, entraron les dos en el coche, uno junto a la rubia, otro junto a Anatol.

La rubia entregó la llave del chalet, al que se había sentado junto a

ella.

—Anatol los llevará al chalet —dijo—. Procuren no poner las cosas demasiados desagradables, pero tengan mucho cuidado.

—No se preocupe.

—Es posible que haya más.

—Ya le digo que no se preocupe. Lo hemos dispuesto todo adecuadamente. ¿Nos llamará usted?

—Sí. ¿Se están ocupando ya del yate?

—Por supuesto.

La rubia guardó la pistolita, se apeó del coche, y regresó a pie a Via Vitellia, hasta el lugar donde había dejado el «Alfa Romeo». Se puso ante el volante, y partió. Pero no fue muy lejos: durante media hora, se dedicó a dar vueltas por las cercanías de la villa sita en el número ciento catorce de Via Vitellia. Acabó por mover negativamente la cabeza: salvo que estuviese perdiendo facultades, el resultado de su minucioso examen indicaba que, ahora, la zona estaba limpia. Es decir, que solamente parecían intervenir los rusos.

—Los rusos, Al Fat, y el emir Numel Jalu. Los rusos seguían a Al Fat, y, por las preguntas que me hicieron, no parecen estar de parte de éste. En cambio, parece razonable que estén de parte de Numel Jalu. Y por último, podría ser que no estuviesen de parte de nadie, sino que, simplemente, la MVD se haya enterado del viaje de Numel Jalu, y…

La idea fue penetrando en la mente de Baby. Podía ser muy bien lo último que había pensado. Si el servicio secreto soviético se había enterado del viaje de Numel Jalu, todo tenía sentido. Y en modo alguno era increíble que la MVD vigilase a Numel Jalu, como «debía tener bien controlados a otros pequeños dirigentes árabes. Y a los grandes, por supuesto…

Ya lejos de Via Vitellia, Baby detuvo el coche, se dedicó a colocar las placas adecuadamente a sus propósitos, y llamó por la radio.

—¿Sí?

—Hola. ¿Has almorzado ya?

—Sí.

—Yo, no. Comeré una *pizza* en cualquier sitio. Pero tú, que conoces Roma mejor que yo, ¿podrías decirme dónde tomar un café en un ambiente simpático y discreto?

—Il Gato Bianco, en la plaza de España.

—¿A las tres?

Hubo unos segundos de silencio, antes de que Angelo Tomasini negase.

—No podrá ser a esa hora.

—¿Estás trabajando en el asunto?

—Naturalmente.

—¿A las cuatro?

—Está bien.

Baby cerró la radio, y puso de nuevo el coche en marcha. No tenía prisa, así que eligió cuidadosamente el lugar donde degustar una *pizza*. Acabó por pensarlo mejor, y, aunque no tenía problemas en ese sentido, decidió que la *pizza* podía atentar contra su esbelta línea física, así que eligió un elegante restaurante, donde comió *spaghettis*.

A las cuatro en punto entraba en Il Gatto Bianco, un lugar que resultaba simpático, ciertamente, pero que, en cuanto a discreto, dejaba mucho que desear, pues estaba lleno de gente. Pese a lo cual, la cuarentona rubia, que no llamó la atención de nadie de modo especial, divisó inmediatamente las anchas espaldas del hombre vestido de oscuro, con jersey de cuello alto, que tomaba café en el mostrador.

Se sentó junto a él, en un taburete, y pidió café. El hombre volvió la cabeza, y la miró con indiferencia. Todo el mundo hablaba a voz en cuello, muy a lo italiano, por lo que, en definitiva, el lugar no podía ser más discreto. Cuando con más seguridad de que nadie nos oye podemos hablar, es cuando todos quienes nos rodean están a su vez hablando animadamente.

—Hola —sonrió la rubia.

—Hola.

—¿Te vigila alguien?

—No. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—Bien.

Trajeron el café para la rubia, y Angelo Tomasini aprovechó para pedir un coñac. Encendió un cigarrillo, mientras Brigitte le miraba, un tanto cohibida. Claro que él no podía estar enfadado con ella, pero lo malo de Número Uno era que podía estar furiosísimo, y parecer el más sosegado de los mortales.

—Tuve que ir a Singapur —murmuró ella.

—¿Sileb Al Fat ha ido a Singapur?

—No —Brigitte se mordió los labios—. Fue a un yate anclado en Lido di Ostia, llamado *Soleil*. Ahora está en la villa… Había rusos vigilándola. Nos siguieron a Al Fat y a mí. A él lo dejaron marchar, y a mí me llevaron a un chalet.

—Lo siento por ellos —Angelo bebió un sorbo del coñac recién colocado ante él—. ¿Qué querían?

—Saber qué hace Al Fat, y por qué le seguía yo.

—¿Tienen noticias de mí?

—Te vieron en la puerta del hotel, cuando saliste acompañando a Al Fat para que yo supiese quién era. No saben más. Supongo que eso indica que no están de parte de Al Fat.

—¿De parte de quién entonces? ¿De Numel Jalu?

—He pensado en eso, pero creo que no. Pienso que, simplemente, están vigilando a Numel Jalu y a su gente que le ha acompañado a Roma.

—Entiendo.

—La MVD se enteró del viaje, y ha puesto vigilancia por aquí. Naturalmente, quieren saber qué hace Jalu en Roma.

—¿Los rusos no dijeron nada que indicase que sabían las intenciones del emir?

—No. Las desconocen.

—¿Por qué lo crees así?

—No creo que a los rusos les hiciese mucha gracia que Europa, aunque sólo fuesen los países pertenecientes al MCE hiciese tratos privados con Numel Jalu y consiguiesen así el petróleo suficiente para no tener preocupaciones energéticas. Más bien, cabe suponer que los rusos tratarían de impedir eso… quizá, incluso, eliminando al emir Numel Jalu, o, cuando menos, avisando a los demás países árabes de lo que está tramando. No, no lo saben. Vigilan al emir, eso es todo. Deben temer algo, pero, de momento, no tienen ninguna seguridad sobre las intenciones de Jalu.

—Bien… ¿Qué ha pasado con esos rusos?

—Están apartados del asunto, ahora.

—Ya. De todos modos, voy a cambiar de hotel, si las cosas no salen bien esta noche.

—¿Esta noche? ¿Vas a sacar a Jalu de la villa esta misma noche?

—Tengo ganas de volver a casa.

—Oh. Sí, tienes allí una grata compañía.

—¿No has podido sacarles nada a los rusos?

—Por el momento, no. Los están «trabajando» en estos momentos. Yo creo que quizá sería mejor que esperases a que sepamos algo, antes de atacar la villa.

—¿Quieres decir que tus Simones están interviniendo?

—Sí.

Angelo Tomasini se quedó mirándola fijamente.

—Te diré una cosa: la próxima vez que yo sepa que tú emprendes algún trabajo, también te pisaré el terreno. No importará lo que sea: cuando tú vayas a empezar, yo ya habré terminado.

—Estás muy molesto conmigo, ¿verdad? —musitó Brigitte.

—Te lo diré a mi manera: quédate con tus rusos, y sólo eso. ¿Está claro?

Brigitte bajó la mirada.

—No tienes por qué ser tan áspero, mi amor.

—¿Te parezco áspero? ¿Por qué?

—Yo sólo estoy intentando ayudarte, y me hablas como…

—¿Ayudarme? ¿A mí? Bueno, la broma dura ya demasiado. Si tú eres Baby, yo soy

Número Uno. ¿Te sugiere algo esto?

Todavía con la mirada baja, Brigitte se mordió los labios, antes de susurrar:

—Sí…

—En ese caso, ocúpate de tus cosas. Tengo facultades personales y medios de apoyo suficientes para no necesitar tu ayuda. Ya tienes a unos cuantos rusos, ¿no es así? Pues tu diversión debe ceñirse solamente a ellos. Naturalmente, te agradezco que me los hayas quitado de en medio. Gracias. Permíteme ahora que pague tu café, y ocupémonos de nuestros respectivos asuntos.

Angelo Tomasini dejó unos billetes sobre el mostrador, y bajó del taburete. Brigitte permaneció con la cabeza baja, inmóvil. Cuando alzó los ojos, Angelo ya no estaba allí… Es decir, no estaba junto a ella. Estaba sentado a una mesa, conversando con un hombre al que Brigitte no conocía. El hombre la miraba a ella fugazmente de cuando en cuando, mientras Angelo le volvía la espalda.

La rubia se volvió de nuevo hacia el mostrador, y pidió también un coñac. Empezó a beberlo con expresión triste y preocupada, pero, cuando terminó, había en sus ojos un brillo especial, de alegría.

Bajó del taburete, y, sin mirar hacia la mesa ocupada por Número Uno, salió de Il Gatto Bianco.

* * *

—La señora se va, Angelo… —dijo el hombre, mirando hacia la puerta.

—Debe tener cosas que hacer. ¿Me has entendido bien, Enrico?

—Sí, señor. Todo muy bien. ¿No puedo saber quién es la señora?

—Una entrometida. Olvídala. Y repíteme palabra por palabra, muy despacio, todo lo que hemos hablado.

Enrico obedeció al hombre que más admiraba en el mundo. Palabra por palabra, fue repitiendo las instrucciones, que no tenían nada de complicadas. Eso era siempre lo asombroso en Angelo Tomasini: le presentaban un problema que parecía dificilísimo, y él lo resolvía sin darle la menor importancia, sin complicar las cosas. Con sencillez y eficacia, eso era todo.

—*Va bene* —aprobó Angelo—. Ahora, ve a ocuparte de todo, y espera mi llamada. Si a la hora convenida no te he llamado, desapareced inmediatamente con todo el material. Enseguida, reúnes a unos cuantos muchachos, y vais a Villa Tartaruga, a sacar de allí a *Mamma* María.

Enrico parpadeó, preocupado momentáneamente.

—¿Algo puede salir mal, Angelo?

—Sí.

Primero, Enrico se alarmó. Luego, sonrió, se puso en pie, y se dirigió hacia la salida. Angelo era muy serio, pero, a veces le parecía todo un bromista: ¿cómo iba a admitir que algo pudiese salirle mal a Angelo Tomasini?

Este se puso en pie, y fue hacia el fondo del local, donde estaba el teléfono. Llamó a la villa donde estaba Sileb Al Fat, y, sin problemas de ninguna clase, se puso en contacto con éste. Tras la conversación, salió de Il Gatto Bianco… ocasionando poco menos que un paro cardíaco a las tres muchachas que en aquel momento pasaban por delante, cogidas del brazo. Sin haberlas visto siquiera, se metió en un pequeño «Fiat 850», y se alejó.

A las cinco y media en punto, Sileb Al Fat acudió a la cita en la plaza de San Pedro, del Vaticano. Angelo Tomasini estaba cerca del obelisco, con las manos en los bolsillos, contemplando las palomas, de espaldas a él. Pero se volvió cuando Al Fat estaba todavía a ocho o diez metros, y cuando los negros ojos de Angelo se clavaron en él, Al Fat tuvo un repeluzno de miedo súbito, y, por un instante, pensó que quizá había exagerado al escoger para aquél trabajo al hombre que, realmente, era el mejor de todos.

—Buenas tardes —saludó Al Fat, con voz ahogada—. ¿Olvidó preguntarme algo esta mañana?

—No. Le he llamado para decirle que lo haremos esta noche.

Al Fat pareció recibir un mazazo en la cabeza.

—¿Lo haremos? ¿El qué?

—Sacar a su emir de la villa de Via Vitellia.

—¿Esta noche? —exclamó el árabe—. ¡No es posible!

—¿Por qué no? ¿Qué inconveniente hay?

—No, no… Ninguno. ¡Por Alá, no es posible que ya lo haya preparado todo!

—Es posible —aseguró Uno.

—Pero… Bueno, no sé… ¡Me parece todo muy precipitado!

—Yo no trabajo precipitadamente —replicó con tono seco Angelo Tomasini—, trabajo rápido.

—Sí… Sí, bien. Perdóneme, es que… Bueno, me parecía que todo esto requería mucho tiempo y muchos preparativos…

—He tenido tiempo suficiente. Y los preparativos están en marcha. Sólo me falta tener la seguridad de que usted, realmente, convencerá al emir de que debe— colaborar, y no resistirse a que me lo lleve. ¿Puedo contar con ello?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí.

—No tengo intención de matar a nadie de la villa, Al Fat. Pero si algo no sale bien, y veo que puedo ser yo quien muera, las cosas se pondrán mal para todos menos para mí. ¿Lo entiende?

—Sí… Sí.

—Está bien. Según el plano que usted me ha entregado —Angelo lo sacó del bolsillo, y lo desdobló, poniéndolo ante Al Fat—, la vigilancia se intensifica de noche en el jardín, de modo que hay nada menos que seis hombres dando vueltas alrededor de la casa… ¿Esto es correcto?

—Desde luego.

—¿Por dónde piensa usted hacer salir de la casa al emir?

—Por la puerta de atrás. Desde el pasillo de…

—No. Dígale que salga por la puerta principal, exactamente a Fas diez y tres minutos, para dar un paseo por el jardín. No permita que le acompañe nadie más que usted.

—Pero… el jardín estará lleno de guardias armados con pistolas. Y hay otro en las verjas de entrada, enfrente

—Yo me encargaré de eso. ¿Tiene usted reloj?

—Claro.

—Póngalo en hora con el mío, con toda exactitud.

Al Fat se quitó el reloj de pulsera, miró al de Angelo, que mostraba el suyo, y puso la hora exacta.

—¿Cómo lo hará? —preguntó, excitado—. ¿Cómo?

Angelo señaló por encima de ellos.

—¿Le gustan a usted las palomas, Al Fat?

—Sí… Sí, claro.

—¿Y las ratas? ¿Le gustan las ratas?

—No.

—A mí tampoco —aseguró Número Uno—. Bien, hablemos del asunto… Ah, una cosa: ¿lleva usted armas?

—No, no.

—Mejor. No se le ocurra llevar una pistola esta noche, cuando salga al jardín con el emir.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero complicaciones. ¿Ha decidido ya adónde debo llevarlos a usted y al emir?

—Sí. A Lido di Ostia. Unos amigos míos están allí con su yate, hace días, y nos acogerán.

—¿Ellos saben lo que está ocurriendo y lo que va a ocurrir?

—No. Pero cuando Numel y yo vayamos allá, y les pidamos que nos ayuden, lo harán. Lo tengo pensado todo, en ese aspecto. En el yate,

iremos a Malta, y recogeremos a las cinco mujeres. Desde allí, iremos a Túnez, y, una vez allí, no tendremos problema para regresar rápidamente en avión a Qaman. Ni que decir tiene que, en cuanto lleguemos a Qaman, Numel Jalu tomará las medidas oportunas contra los traidores.

—Eso ya es cuenta de ustedes. ¿Cómo se llama ese yate?

—*Soleil*. Precisamente, esta mañana estuve a ver a esos amigos, después de hablar con usted. Les pedí que se quedasen unos días más, y aceptaron. Están un poco, intrigados, pero ya les daremos explicaciones en el momento oportuno.

—Me parece bien. Y ahora, escuche atentamente…

Capítulo IV

A las diez en punto de la nuche, Angelo Tomasini detuvo el «Fiat 85C» delante mismo de la villa sita en el 114 de Via Vitellia, paró el motor, se apeó, y fue directo hacia las cerradas verjas pausadamente. Vestía pantalón y jersey negros, y flexibles zapatos, que no producían el menor roce en el suelo.

Cuando se detuvo ante las verjas, y pese a la iluminación de la calle, parecía una sombra entre las sombras. Incluso su rostro, intensamente bronceado, era una mancha oscura.

A las diez y un minuto, tiraba de la cadenita que pendía a un lado de las verjas, con toda tranquilidad. Y, mientras esperaba, encendió tranquilamente un cigarrillo. Fue el único momento en que dos de los guardias, los que en aquel momento se hallaban delante mismo de la casa, pudieron entrever un rostro enrojecido por la pequeña llama del encendedor. Un rostro que parecía hecho de barro, pequeños planos angulosos.

Mientras tanto, el encargado de las verjas se acercaba allí, de modo que los dos guardias prosiguieron su rutinaria marcha, más bien un monótono paseo por el jardín, que olía a flores y a pinos. El hombre de Qaman se acercó sin ningún cuidado… Quizá porque tenía una pistola, quizá porque sabía que detrás de él había tantos hombres que la presencia de un desconocido que se dedicaba a encender un cigarrillo mientras esperaba, no podía significar peligro alguno.

Se colocó al otro lado de las verjas, mirando al visitante, que tenía el cigarrillo en la boca. No sabía una sola palabra de italiano, pero sí hablaba medianamente el inglés.

—¿Quién es? —preguntó en este idioma—. ¿Qué quiere?

—Deseo ver al emir Numel Jalu —dijo Angelo en inglés.

—Se equivoca. No hay…

—Él está aquí, y yo tengo a cinco de sus mujeres. Abra la puerta, o el propio emir se encargará de que le corten la cabeza. ¡Vamos, abra!

El hombre de Qaman se acercó más, mirando ahora con expresión tensa al visitante. Este mostró una tarjeta blanca entre dos dedos de su mano izquierda.

—Es un mensaje inicial para el emir —dijo—: quiero que le lleve esta tarjeta.

Pasó la mano entre dos barrotes. El hombre de Qaman alargó la suya, y, cuando estaba a punto de tomar la tarjeta, ésta escapó entre los dedos del visitante, y revoloteó hacia el suelo. Mas no hizo falta que el guardián se inclinase a recogerla. Antes de que pudiese reaccionar en algún modo, la mano de Angelo Tomasini, ahora libre, pareció saltar hacia él, le asió por la muñeca, y tiró del hombre, atrayéndolo hacia los barrotes, con una fuerza espantosa, que al hombre de Qaman le pareció sobrehumana. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar: su rostro se incrustó contra los barrotes de hierro, y sus dientes crujieron, su cuello se torció hacia atrás… Estaba rebotando del terrible golpe cuando la otra mano de Angelo pasó también entre los barrotes, lo asió por la ropa del pecho, y, ahora con ambas manos, volvió a atraer al guardián, con una fuerza espeluznante.

La cabeza volvió a resonar contra los hierros, y el hombre, ya semiinconsciente, perdió por completo el conocimiento, y quedó colgando de las manos de Angelo, apretado el rostro contra los barrotes, sostenido en pie por esta presión y la potencia física del visitante.

Por delante de la casa pasaban ahora dos hombres más. Uno de ellos miró hacia las verjas, pero sólo vio a su compañero allí, de pie, al parecer mirando hacia el exterior, conversando con alguien que tenía un cigarrillo en la boca. Nada digno de interés, pues, de otro modo, Karal habría llamado o gritado.

Número Uno soltó una mano de su presa, y miró el reloj de esfera luminosa. Las diez y dos minutos. Con la mano izquierda volvió a sujetar a Karal, y con la derecha sacó del bolsillo del pantalón una barra de acero delgada, de unos quince centímetros de longitud. Introdujo un extremo en la cerradura de las verjas, y lo hizo girar dentro, con la potencia e impasibilidad de una máquina. En la cerradura se oyó un crujido. Angelo se guardó la barra de acero, y volvió a sujetar a Karal con la mano derecha. Miró de nuevo la hora. Luego, miró fijo hacia la casa… De nuevo la hora, de nuevo hacia la casa, de nuevo la hora, de nuevo hacia la casa.

Sacó del bolsillo izquierdo del pantalón la pequeña radio de bolsillo, y apretó el botón.

—¿Enrico? —musitó.

—Sí, Angelo.

—Atento.

—Sí, Angelo.

Otros dos guardias pasaron por delante de la casa. Y en aquel momento, salían por la puerta principal el menudo Sileb Al Fat y otro hombre, más alto y grueso, caminando pausadamente. Los dos guardias se detuvieron, vueltos hacia ellos. El hombre alto y grueso movió una mano y la cabeza, y los dos guardias siguieron su circular y aburrida

ronda…

—Enrico: ahora.

—*Va bene.*

Angelo Tomasini se guardó la radio, y se quedó mirando a los dos guardias, que proseguían su marcha tranquilamente. De pronto, llegó un grito del jardín, por la parte de detrás de la casa. Los dos guardias se volvieron vivamente hacia Al Fat y el otro, y gritaron algo. Luego, echaron a correr hacia la parte de atrás del jardín, visibles ahora en sus manos las relucientes pistolas.

Angelo empujó a Karal, tirándolo de espaldas al suelo. Luego, empujó la verja, entrando en la villa, alzando un brazo. Vio a Al Fat señalar hacia él, y enseguida, echar a correr a su encuentro, en compañía del otro.

Detrás de la casa se oían gritos, y, por un lado, el resplandor anaranjado de silenciosos disparos… Al Fat y su acompañantes estaban a menos de diez metros de Angelo cuando éste sacó una pistola del bolsillo, apuntó hacia la puerta de la casa y apretó el gatillo. Se oyó un apagado chasquido. Y simultáneamente, en el pórtico de la villa, apareció un brevísimo resplandor rojo.

—¡Deprisa! —exigió Angelo.

Al Fat volvió la cabeza, y vio la formidable humareda blanca que se había formado en la puerta de la casa. Una humareda de tal densidad que cabía pensar que el humo era macizo. Angelo Tomasini volvió a disparar, ahora contra una de las ventanas, y un instante después, también allí había una enorme cantidad de blanco y densísimo humo.

Al mismo tiempo, Al Fat y el otro se detenían ante Angelo, que estaba apuntando hacia otra de las ventanas.

—Al coche —dijo secamente.

Un nuevo chasquido, un nuevo resplandor rojo, y más humo, ahora tan abundante que estaba a punto de envolver completamente el edificio, detrás del cual, todavía se oían gritos y exclamaciones.

Todavía disparó Angelo otra vez, hacia el centro del sendero, de modo que otra gran nube de humo blanco apareció allí, tras el resplandor. Luego, dio media vuelta, salió de la villa, y, segundos después, entraba en el coche, sentándose ante el volante. Volvió la cabeza hacia el asiento de atrás, donde estaban los dos árabes, y miró a Al Fat.

—Quedamos en Lido di Ostia, ¿no?

—Sí —tartamudeó Al Fat—. ¡Sí, sí!

El pequeño coche arrancó suavemente.

Dentro de la villa, todavía se oían gritos, pero la humareda era ya tan densa que no se veía prácticamente nada. Al Fat dejó de mirar por el cristal de atrás, y luego, con los ojos muy abiertos, miró a Numel Jalu,

que estaba haciendo lo mismo. El coche giró suavemente, enfilando Via di Donna Olimpia.

Los dos árabes comenzaron a hablar rápidamente en su idioma, pero Angelo les interrumpió con una seca orden:

—No hablen en su idioma. Hablen en inglés, francés, alemán, español, italiano… cualquier idioma europeo, pero no en su idioma.

—¿Qué ha pasado en la villa? —exclamó Numel Jalu, en inglés.

—Nada importante. Dentro de unos minutos, el humo habrá desaparecido. Lo importante es que está a salvo, emir.

—Entonces… ¡era verdad! ¡Es verdad todo lo que me ha contado Sileb!

—¿Qué ha pasado en la parte de atrás del jardín? —se interesó éste.

—Ya le dije que no me gustan las ratas. Unos amigos míos consiguieron algunas, utilizando gas narcótico de breve duración, y, cuando estaban dormidas, les ataron unos cordeles, y, al extremo de estos cordeles, bolas hechas con papel de periódico. Luego, las metieron en unas cajas de madera, y, a la hora convenida, han tirado las cajas dentro del jardín, por la parte de atrás.

—Pe… pero… ¿para qué?

—¿Usted no se imagina una docena de ratas asustadas corriendo entre los arbustos arrastrando bolas de papel, Al Fat? Han debido hacer más ruido que cien hombres corriendo.

—¿Quiere decir que mis hombres han estado disparando contra una docena de ratas? —exclamó Numel Jalu.

—Exactamente, emir.

Por un instante, Numel Jalu pareció que no hubiese entendido la respuesta, que no fuese a reaccionar. Pero, de pronto, se echó a reír. Con una risa aguda, chillona, que parecía más bien un silbido.

Por medio del retrovisor, Angelo Tomasini se dedicó a mirar al emir de Qaman, mientras éste reía. Las luces de la calle llegaban al interior del vehículo, iluminando aquel rostro grueso y saludable, de grandes ojos oscuros y alargada boca de labios gruesos y sensuales. Numel Jalu tenía cincuenta y dos años, y, aparte de la salud que demostraba sobreviviendo a cuarenta esposas, según se decía, se veía fuerte y macizo, aunque quizá demasiado grueso. Angelo se preguntó si aquella risa era auténtica, de hombre dotado de gran dominio nervioso, o, precisamente, todo lo contrario, o sea, que al quedar libre del peligro que le había explicado Al Fat, Jalu más que reír estaba dando rienda suelta a su histerismo.

Desvió la mirada hacia Al Fat, que no sabía si reír también o comerse las uñas, dirigiendo frecuentes miradas hacia atrás.

—¿Nos sigue alguien, Al Fat?

—No… Parece que no.

—Claro que no, hombre. Deje de preocuparse. Esa pandilla de traidores, que querían asesinar al emir, van a estar muy ocupados matando ratas y escapando del humo. Luego, tendrán que dar explicaciones a los bomberos y a la policía, respecto al humo… Durante un buen rato, van a tener en qué entretenerse.

—Bueno, pensé que quizá nos seguían sus hombres.

—¿Mis hombres? ¿Para qué?

—Como escolta…

—Mis hombres, Al Fat, ya han terminado su trabajo, y, en estos momentos, han vuelto a su vida normal. Ya han olvidado el asunto… quizá porque, precisamente, saben que yo no necesito escolta. No soy un emir.

—Eso es evidente —rió de nuevo con nerviosismo Numel Jalu—. Pero… ¿quién es usted?

—¿Eso no se lo ha explicado Al Fat?

—No.

—Bien… Yo supongo que sólo se me puede definir como un… aventurero de cierta importancia, que vive como un emir, sin serlo, gracias a jugarse la vida de cuando en cuando.

—Por lo que he visto, no parece que haya corrido usted muchos riesgos.

—Son las ventajas de ser inteligente, emir.

—Usted me gusta —exclamó Jalu.

—Espero que no pretenderá incluirme en su harén.

Numel Jalu volvió a reír. Y también esta vez rió Al Fat, con una especie de chillidos de ratita.

—¿Están bien mis esposas? —se interesó Jalu.

—Las dejé en perfecto estado, disfrutando de las comodidades de una de las mejores villas con vistas al Mediterráneo. Espero que muy pronto podrá reunirse con ellas. Y ya que hablamos de sus esposas, emir: ¿realmente habría aceptado presiones o condiciones a cambio de las vidas de ellas?

—Sí. Entiendo, señor Tomasini, que ha cobrado usted una buena cantidad por sus servicios, pero opino que Sileb no ha sido lo bastante generoso con usted.

—¿Qué quiere decir?

—He estado rodeado de traidores, que pretendían matarme, y no dudo que habrían hecho lo mismo con mis cinco esposas, si las hubiesen tenido en su poder. Teniendo en cuenta todo esto, opino que usted merece bastante más de doscientos cincuenta mil dólares.

—No vamos a discutir por eso. Una vez esté usted a salvo definitivamente, puede enviarme los restantes setecientos cincuenta mil dólares, emir.

—¿Setecientos cincuenta mil dólares? —respingó Jalu.

—¿Le parece demasiado, ahora? En ese caso, valore usted mismo su vida. ¿Vale usted menos de un millón de dólares?

—No —musitó Jalu—. No. Hablaremos de ello, señor Tomasini.

—De acuerdo. ¿Puedo hacerle una sola pregunta?

—Desde luego, hágala —aceptó Numel Jalu.

—¿Por qué quiere usted hacer negocios petrolíferos con Europa, prescindiendo de los más demás países árabes?

—A veces, señor Tomasini, los enanos debemos dar un salto para que nos vean bien, y nos tengan en cuenta, incluso dentro de nuestra familia. Creo que a la ÜPEP le hacía falta esta lección. Y se la voy a dar, no sólo por Qaman, sino por otros pequeños países que, políticamente, están siendo menospreciados. Qaman no tiene por qué ser el pobre, en la reunión de ricos.

Angelo Tomasini asintió con la cabeza, y no hizo más comentarios. A las diez y cuarto de la noche, el tráfico en Roma no es precisamente un sedante para los nervios, así que se dedicó exclusivamente a conducir, poniendo en ello toda su atención.

Finalmente, Roma quedó atrás, y el «Fiat 850» se lanzó a sus buenos cien kilómetros por hora, por la autopista hacia Lido di Ostia.

* * *

El «Fiat 850» se detuvo muy cerca del embarcadero, siguiendo las indicaciones de Al Fat, el cual señaló por la ventanilla.

—Allá está el *Soleil*.

—Sileb —musitó Jalu—, ¿estás seguro de que esos amigos tuyos son de absoluta confianza?

—Por supuesto que sí, mi señor. En cuanto estemos en el yate, podemos considerarnos definitivamente a salvo. Incluso, podríamos viajar con él hacía Malta, para recoger a tus esposas. En cuanto a los representantes del Mercado Común Europeo, yo me encargaré de cursar los oportunos avisos, aplazando la reunión.

—Quizá se asusten y se echen atrás…

—No, mi señor. A Europa le interesa más el petróleo que doscientos millones de dólares. Aceptarán la nueva reunión.

—Está bien. ¿Usted viene con nosotros, señor Tomasini?

—Puedo ahorrarme un pasaje de avión, si me llevan en el yate a casa —replicó Angelo.

Salieron los tres del coche, y Angelo lo cerró.

—¿Cuánto tiempo lo va a dejar aquí? —preguntó Al Fat.

—Desde La Valetta, avisaré a mis amigos para que lo recojan. No hay

problema.

Fueron hacia el yate. Poco después, estaban en cubierta, delante de Lucien Courcel, que había aparecido presurosamente. Detrás de él, su único marinero, el buen Pierre.

—Señor Al Fat —exclamó Lucien—. ¡Qué sorpresa! ¿O quizá le está esperando el señor Haydon?

—No —negó Al Fat—, pero él sabe que en cualquier momento iba a venir al yate. ¿Están abajo?

—Sí, señor. Bebiendo whisky y hablando de negocios, como siempre. Me parece —sonrió maliciosamente—que el señor Crevett se disponía a salir en busca de compañía femenina, pero le convencieron para que se quedase… ¿Son amigos de usted? —miró a Uno y Jalu.

—Así es. No se moleste en anunciarnos.

—Como quiera.

Al Fat hizo señas hacia la portilla, y Jalu y Angelo le siguieron. Bajaron los cuatro peldaños de bruñida madera, y aparecieron en el *living-yacht*, donde Haydon Schunk y Crevett, en efecto, estaban charlando, fumando, y bebiendo whisky.

—¡Sileb! —exclamó Haydon, poniéndose en pie.

Los otros dos le imitaron, mirando con interés a Numel Jalu y a Angelo Tomasini. Al Fat se acercó, y estrechó la mano de Haydon, Schunk y Crevett. Luego se volvió, señalando a sus acompañantes.

—Ellos son el emir y Angelo Tomasini.

Haydon sonrió amablemente… pero al mismo tiempo sacó una pistola, apuntando a los recién presentados. Y lo mismo que él, rápidamente, hicieron Crevett y Schunk. Numel Jalu palideció, y abrió la boca. Angelo volvió la cabeza, y vio tras ellos a Lucien y a Pierre, también empuñando sendas pistolas. Ni un solo músculo de su rostro se alteró. Todo lo que hizo fue sujetar por un brazo a Jalu, musitando:

—Tranquilo, emir.

—Es un buen consejo —dijo Haydon—. Lucien, regístrales.

—Cuidado con Tomasini —advirtió Al Fat—: es un hombre muy peligroso… aunque no tan inteligente como él opina sobre sí mismo. ¿Verdad que no, señor Tomasini?

—Evidentemente —murmuró Angelo.

—Pero… ¿qué significa esto, Sileb? —jadeó Jalu.

Lucien había guardado su pistola, puso ambas manos en los sobacos de Angelo y palmeó hacia afuera. Angelo comprendió, y alzó los brazos. El capitán del yate le registró, quitándole la pistola que disparaba cartuchos de humo, la barra de acero, la pequeña radio de bolsillo, que contempló un instante con curiosidad… aunque no la suficiente, y algo de dinero, las llaves del coche… Tras manosear expertamente todo el cuerpo de Angelo, Lucien movió la cabeza con gesto negativo, lo dejó

todo sobre la mesita donde estaban los vasos de whisky, y se acercó a Jalu…

—No se moleste con él —dijo Al Fat, dejándose caer en un saloncito —: no lleva armas. Siéntense los dos ahí —señaló un extremo del diván corrido bajo el ventanal de cubierta—, y mucho cuidado con intentar alguna tontería. Esto va por usted, Tomasini.

Angelo se sentó, y miró a Jalu, que continuaba de pie, todavía pálido, mirando ahora con odio a Al Fat.

—Eres un traidor… —jadeó—. ¡Tú eres un traidor!

—En efecto, mi señor… —asintió plácidamente Al Fat—: yo he sido traidor en todo momento.

—¿Qué pretendes? ¿Matarme?

—Entre otras cosas. Pero matarte no era nada fácil, ni en Qaman ni aquí. En Qaman era imposible. Aquí podía hacerse, pero era demasiado arriesgado… Si lo hacían mis amigos a su manera, con toda seguridad habrían matado a alguno y en la villa se habría organizado una batalla demasiado espectacular, que quizá habría terminado sin que, de todos modos, pudiesen llegar hasta ti, con lo que no habría servido de nada. Pensé en matarte yo mismo en la villa, pero eso implicaba mi suicidio y, naturalmente, no podía aceptarlo. Así que me las arreglé para contratar al señor Tomasini…

—Eso me parece razonable —intervino Angelo—. Lo que no entiendo es lo de las mujeres del emir. ¿Para qué las llevó a mi villa?

—Toda esa historia… En realidad fui yo quien las secuestró, inventando todo eso que le conté, Tomasini. Las llevé a su villa porque ya pensaba contratarle a usted, así que me pareció que su villa sería un buen lugar para tener allí a esas cinco mujeres, a mi disposición, por si llegaba a necesitar rehenes a cambio de mi vida, si algo me salía mal. Pero no. Ya ve que todo me ha salido perfectamente.

—¿Qué se propone usted exactamente?

—Matar a Numel Jalu —le miró con odio—. Así que le engañé a usted diciendo que quería salvar su vida, y le engañé a él, diciéndole que los hombres que le acompañaban eran los que querían matarle. Pero en realidad esos hombres que han estado disparando contra ratas en la villa de Roma, son tan fieles a Numel que darían la vida por él. No le tenían allí vigilado y prisionero, sino custodiado, protegido contra todo mal que pudiese llegar del exterior… y del interior. Todos los que hay en esa villa son fidelísimos a Jalu, así que para matarlo había que sacarlo de allí. Me informé bien sobre usted, Tomasini: si le hubiese pedido que asesinase a Jalu seguramente habría rechazado el trabajo, o cuando menos, antes de aceptarlo, se habría dedicado a hacer toda una serie de averiguaciones respecto al porqué de ese asesinato y de si Jalu lo merecía. Eso no me interesaba. En cambio, comprendí que diciéndole

que se trataba de salvar una vida, usted aceptaría. No es lo mismo matar que salvar, ¿verdad? Al menos para un hombre que, como usted, parece tener un estricto código del honor y de la justicia. Es un hombre peligroso, sí, pero… blando.

Angelo Tomasini sonrió secamente.

—Si algunas personas le oyesen decir eso de mí se le reirían, Al Fat.

—Allá ellas. Lo cierto es que le he engañado… Les he engañado a los dos y, en definitiva, he conseguido mis propósitos.

—¿Por qué quieres matarme? —inquirió Jalu, con voz aguda—. ¿Por qué, Sileb?

—Te lo voy a explicar, mi señor… Dentro de un par de días, unos hombres irán a la villa de Roma, con cien millones de dólares. Pues bien: yo quiero ese dinero.

—N0 te lo darán a ti.

—No. A mí, no. Pero sí a tus principales consejeros, entre los cuales nunca has querido contarme. Dentro de un rato yo saldré de aquí y regresaré a la villa de Roma. A tus consejeros les diré que tú y yo fuimos secuestrados por las mismas personas que tienen a tus cinco esposas, y que esas personas quieren lo cien millones de dólares. De modo que cuando lleguen los del MCE, ellos tendrán que firmar en tu nombre el convenio petrolífero, como si nada ocurriese. Eso estaba previsto, ¿no es así? Dos de ellos están facultados para hacerlo, por si a ti te ocurría algo o debías regresar a Qaman con urgencia; en fin, cualquier pequeño asunto que te impidiese esperarlos. Ellos firmarán, me darán* el dinero para que pague tu rescate, y yo me iré con cien millones de dólares.

—No te creerán… —jadeó Jalu—. ¡Puesto que tú también has sido secuestrado conmigo, no te creerán cuando te vean libre!

—Oh, vamos, mi señor… ¿Quién soy yo? ¡Nadie! Les diré que los secuestradores me lo han hecho entender así, y que, simplemente, se me han llevado para explicarme el asunto y enviarme luego como mensajero, finalmente como portador de la suma del rescate por ti y tus cinco esposas. No desconfiarán, mi señor. Y mientras tanto, por si así fuese, te tengo a ti aquí. Si llegasen a molestarme, les diría que mi vida es a cambio de la tuya. ¿No lo comprendes, mi señor? ¡Tengo todos los triunfos! Lo he ido haciendo todo de tal modo, que siempre he tenido las espaldas protegidas, la retirada asegurada. Primero, con tus esposas; ahora, contigo. Y cuando ya tenga el dinero, te mataré. Yo personalmente te cortaré la cabeza… ¡Y seré el nuevo emir de Qaman!

—Estás loco —vibró el desprecio en la aguda voz de Numel Jalu…—. ¡Jamás conseguirás eso! Mis adictos…

—Tus adictos, mi señor, serán pasados por las armas, en una fulgurante revolución.

—¿Con qué armas? —despreció Jalu.

—Con las que he comprado a estos hombres —señaló Al Fat a Haydon, Crevett y Schunk—. Ellos disponen de gran cantidad de armas. Tantas, que en estos momentos un carguero se está acercando a Qaman, cargado de ellas al máximo. Precio de esas armas; setenta y cinco millones de dólares. ¿Quieres saber ahora de dónde sacaré setenta y cinco millones de dólares, mi señor?

Numel Jalu se pasó una mano por la sudorosa y fría frente, y miró a Angelo, que parecía no sentir ya interés por la conversación.

—Exacto —sonrió Al Fat, adivinando los pensamientos del emir—: con los cien millones de dólares que recibiré por tu rescate. Setenta y cinco millones para ellos, y veinticinco para mí, que depositaré en un Banco de Suiza. ¡Todo está previsto, mi señor!

—No tienes… no tienes hombres para esa revolución…

—¿No? ¿Quién crees que está esperando las armas? Tengo los hombres suficientes. En cuanto Haydon haya cobrado sus setenta y cinco millones de dólares, avisará al carguero por radio y éste llegará a cierto punto de nuestra costa, donde los míos están esperando las armas. ¿Cómo he de decirte que todo está previsto?

—En definitiva —dijo de pronto Angelo—, usted, además de esta pequeña serie de canalladas, está preparando una pequeña guerra, ¿no es así, Al Fat?

—Así es.

—Bueno; Alá tenga piedad de su alma. No le quepa duda de que muy pronto, digo muy pronto, usted irá a reunirse con Alá… si es que le admite a su lado.

—¿Me está amenazando de muerte, Tomasini?

—¿Yo? No. Me parece que no estoy en condiciones de hacerlo. Pero escuche bien lo que le digo: usted no llegará vivo a Roma.

—¿Quién me matará? —sonrió Al Fat—. ¿Sus hombres? Vamos, Tomasini… ¿Por qué cree que también quiere conservarle vivo a usted? ¿Por capricho? Si sus hombres me molestan, también tendrán que elegir: la vida de usted o la mía. ¿Qué cree que elegirán?

—Mis amigos me aprecian demasiado —musito Uno.

—¿Se da cuenta? ¡Ya les he dicho que lo tengo todo previsto! Y ahora, dejándoles a ustedes al cuidado de mis amigos y proveedores de armas, regreso a Roma. Les sugiero a los dos que no hagan tonterías. No les matarían, pero quedarían en muy mal estado… lo cual no me preocupa. Bien —Al Fat se puso en pie—: ¡hasta la vista!

Sileb Al Fat tomó las llaves del «Fiat» de Angelo Tomasini y miró a éste sin intención alguna. Pero la mirada quedó fija en los negros ojos de Angelo, que a su vez contemplaba al menudo árabe de la barbita. Le contemplaba con tal expresión que Al Fat notó una especie de helor en todo el cuerpo. Por un momento, estuvo tentado de ordenar la muerte

de Angelo Tomasini, pero se dijo que no debía dejarse llevar por sus impulsos.

Así pues, Al Fat dio media vuelta y se dirigió a la salida a cubierta. Se oyeron unas pisadas unos segundos. Luego, el silencio.

—Bien —dijo de pronto Angelo—, puesto que de momento no piensan matarnos, será mejor que nos tomemos las cosas con calma. De todos modos, Haydon —miró al británico—, quizá usted aceptaría un razonable trato conmigo.

—¿Cuál trato? —alzó las cejas Haydon.

—Déjenos marchar al emir y a mí, y podrán terminar este asunto relativamente bien librados.

—No diga estupideces —gruñó Schunk—. ¿Quién demonios se ha creído que es usted?

Capítulo V

SILEB Al Fat cutió en el «Fiat 850» en el mismo instante en que la anciana aparecía por delante del coche, mirando hacia el embarcadero. Se sentó ante el volante, puso la llave en el contacto, y alzó la mirada.

La anciana estaba entonces exactamente junto a la portezuela, pero Al Fat no le hizo el menor caso, centrando toda su sobresaltada atención en el imponente «Mercedes» que entonces se detenía un poco más adelante, de tal modo que le impediría la maniobra de sacar el coche del estacionamiento…

Y justo entonces la anciana abrió la portezuela. Al Fat respingó, y volvió la cabeza hacia ella. Abrió la boca para decir algo, pero la anciana alzó su mano derecha, colocándola ante los ojos de Al Fat, que vio el brillo de la pequeña pistola, empuñada con una firmeza digna de ser tenida en cuenta,

—Desplácese al otro asiento —dijo la anciana, con una voz tan juvenil que dejó petrificado a Al Fat.

Este no sabía qué hacer. Lo que hizo fue dejar de mirar a la anciana para mirar hacia el «Mercedes», del cual se habían apeado tres hombres que caminaban hacia ellos.

Volvió a respingar cuando la anciana le clavó la punta de la pistolita en un lado del cuello.

—Si es usted sordo, puedo destaparle el oído con una bala, Al Fat.

El árabe volvió a mirarla. Luego, como un autómata, se desplazó al asiento contiguo. La anciana echó hacia delante el respaldo del asiento del volante y pasó ágilmente al asiento de atrás. Con tal agilidad que Al Fat no habría podido hacer nada aunque hubiese tenido intenciones de ello.

Y para colmo, al mismo tiempo, uno de los hombres que se inclinaba, metiendo el torso dentro del coche y mostrando en su mano derecha una pistola con silenciador. No tuvo tiempo de decir nada, pues la anciana se le adelantó:

—Pase y siéntese —habló en italiano—: los amigos de Angelo son mis amigos. Aunque a usted no le conocía de antes… ¿Cuál es su nombre?

Enrico desplazó su hosca mirada desde Al Fat a la anciana.

—Esa pistola no le va a servir de nada, señora. Afuera hay dos

amigos que…

—¿Que dispararían contra la compañera de Número Uno?

Enrico lanzó una exclamación… y otra más cuando la anciana, con rápido gesto, se quitó la peluca blanca y la negra mata de relucientes cabellos apareció.

—Siéntese —insistió la anciana—. ¿Angelo está dominando la situación?

Enrico se sentó de lado, de modo que podía ver a Al Fat y a la anciana.

—¿Quién es usted? —exclamó.

—Me vio esta tarde en Il Gatto Bianco, pero entonces yo tenía otro aspecto. No era una viejecita de blancos cabellos y con lentes, sino una rubia… Y no precisamente atractiva. ¿Cómo se llama?

—Enrico… ¿Usted es amiga de Angelo?

—¿Amiga? Sí, también eso, por supuesto. Vamos, Enrico, dejémonos de tonterías: usted sabe perfectamente que Angelo tiene una mujer por la que daría la cabeza. ¿No es así?

—Sí… Sí.

—Esa mujer soy yo. Y él, en efecto, ha estado a punto de dar la cabeza por mí. Debió comprender, incluso antes que yo, que Al Fat estaba jugando sucio y quiso apartarme del asunto. Por eso me trató de modo tan desabrido en Il Gatto Bianco. A veces soy tan tonta que creo que a él pueden engañarle… ¿Cuántos son ustedes, en total, para sacarle del yate en cuanto él lo decida?

—Ocho. ¿Usted… es la *signorina* de la que a veces habla *Mamma* María, pero sin mencionar jamás el nombre?

—Así es —sonrió la anciana—: yo soy la *signorina*, Enrico. Ahora dígame cómo quedaron usted y Angelo.

—Bueno… Angelo sospechaba que este tipo —señaló al petrificado Al Fat con la pistola—estaba jugando sucio, que quería engañarle, así que nos dijo que cuando él saliese de la villa con el emir, les siguiésemos muy discretamente. Cuando llegasen a destino, él abriría el canal de la radio de bolsillo con la que nos comunicamos, de modo que aunque se la quitasen yo podría escuchar todo lo que se hablase, pero no debía intervenir hasta que él lo ordenase. Si las cosas se ponían mal, él diría la palabra «Tortuga» durante la conversación. En tanto no dijese «Tortuga» debíamos esperar. Pero como le hemos oído decir que Al Fat no llegaría vivo a Roma, hemos entendido que debíamos matarle… y luego seguir esperando que él nos vaya dando instrucciones, disimuladamente, por radio.

—Entiendo —sonrió la anciana, que se había puesto de nuevo la peluca blanca—. Pero ese mensaje no iba dirigido hacia ustedes, Enrico.

—¿Cuál mensaje?

—El de matar a Al Fat. Iba dirigido a mí.

—¿A usted? Pero

—Yo también he estado escuchando lo que se ha hablado en el *Soleil*. Estuve allí esta mañana y dejé un pequeño micrófono en un sillón. Angelo sabe que estuve allí y, por tanto, sabe que lo he estado escuchando todo. En realidad, sé mucho más que ustedes.

—¿De qué modo?

—Tengo a tres rusos. Y esta tarde, un amigo estuvo *a* la escucha de lo que se hablaba en el yate, mientras yo… paseaba por Roma, Este amigo mío escuchó una conversación de los del yate, por medio de la cual comprendimos ya todo el tinglado que ha organizado Al Fat.

—¿Y no avisó a Angelo? —exclamó Enrico.

—Ya ha visto que no —sonrió de nuevo la anciana—. Está bastante enfadado conmigo, de todos modos, así que no le he avisado de eso, ni de otras cosas que él sospecha, pero que quiere descubrirlas por sí mismo.

—¡Pero eso puede ser peligroso! ¡Si usted sabe…!

—No quiero que Angelo vuelva a hablarme como lo hizo esta tarde. Ni siquiera aunque lo haga por evitarme peligros. Así que no le voy a decir nada de lo que sé. Lo único que sí voy a hacer es ir a sacarle ahora mismo del yate, pues de otro modo todo quedaría paralizado.

—¿Usted lo va a sacar de ahí?

—Sí. Él está esperando, pero si yo no acelero el asunto, quedaría esperando en vano. Así que activaremos el final. Uno de ustedes que se lleve el cadáver. Los otros, que estén cerca del yate, por si Angelo les necesita para algo. ¿De acuerdo?

—Sí… ¿El cadáver? ¿Qué cadáver tenemos que llevarnos, y adónde?

—Oh, a cualquier sitio donde no sea encontrado nunca jamás.

—Pero ¿qué cadáver?

—El de un hombre que está preparando una guerra para satisfacer ambiciones personales: Sileb Al Fat.

Este respingó, y Enrico le miró, estupefacto.

—Pero… ¡está vivo!

—Eso tiene fácil solución, Enrico.

La anciana alzó la mano derecha, y apretó el gatillo de su pistolita.

Plof.

Al Fat emitió un gemido y cayó hacia Enrico, con los ojos desorbitados y la boca abierta. En cuanto a Enrico, había palidecido, y sus ojos no estaban menos desorbitados que los de Al Fat.

—*Santíssima Madona*! —jadeó.

—¿Le habría parecido mejor dejarle vivo y que, dentro de un tiempo, volviese a organizar una guerra que costaría miles de vidas, Enrico?

—No… No.

—Salgamos del coche. Y llévenselo de aquí. Vamos, guarde esa pistola: es demasiado grande, y alguien podría verla.

Enrico tragó saliva, se guardó la pistola y, tras empujar a Al Fat hacia el fondo del piso del coche, salió de éste. La anciana lo hizo detrás, esperó a que Enrico diese instrucciones a uno de sus amigos, que se metió en el «Fiat», y entonces señaló hacia el yate.

—Los demás, estén atentos. Angelo y yo no necesitamos ayuda para resolver esa tontería, pero nunca se sabe.

Con su pasito menudo, la anciana se dirigió hacia el yate. Llegó allí, recorrió la blanca pasarela y sonrió cuando Lucien apareció ante ella, con gesto sorprendido y sonriente.

—Madame la duquesa… —exclamó—. ¡Caramba, qué grata sorpresa!

—Gracias, Lucien. ¿Dónde…? Oh, ahí viene el buen Pierre. ¿Está el señor Haydon?

—Pues… Bueno, madame, me temo que esta vez no podrá recibirla.

—¿Por qué no?

—Está muy, muy ocupado.

—Lo sé. Pero ha surgido un contratiempo importantísimo, Lucien. Es respecto al carguero con las armas. Ya me entiende, ¿no? Vamos, no ponga esa cara de tonto… ¿De verdad no ha comprendido que yo trabajo con Haydon?

—No… No sabía… —tartamudeó Lucien.

—Pues ya lo sabe. Ese cerdo de Al Fat está preparando su gran y última jugada, así que debo ver a Haydon y decirle que el carguero… ¿Cómo se llama…? ¡Nunca recuerdo ese estúpido nombre!

—El *Galatea.*

—¡Muchísimas gracias, Lucien!

Mientras daba las gracias, madame dio algo más: un tremendo rodillazo entre las ingles de Lucien Courcel, que se encogió, sin resuello ni siquiera para gritar, y cayó de rodillas, con las manos crispadas en el bajo vientre. Todo esto mientras madame descargaba un tremendo *atemi* de judo sobre la nariz del buen Pierre, que cayó fulminado instantáneamente en los brazos de la anciana.

Esta le depositó cuidadosamente en cubierta, miró a Lucien, que estaba empezando a reaccionar y, tras mover con gesto de pesar la cabeza, descargó otro *atemi* en su nuca, que le derribó sin sentido sobre cubierta.

«En realidad —pensó Baby—juego con ventaja. ¿Quién va a esperar algo así de una ancianita?

Les quitó las pistolas a ambos y las tiró al agua. Luego, con su menudo y decidido pasito, fue hacia la portilla, la abrió y descendió los cuatro peldaños hasta el *living-yacht*. Sus pasos fueron oídos y, cuando

apareció, todos estaban mirando hacia allí… Schunk y Haydon se quedaron atónitos, mientras Crevett se ponía en pie de un salto, exclamando alegremente:

—*Mon Dieu! Madame la Duchesse*!

—Hola, señor Crevett —agitó una mano la anciana—. ¿Cómo van las cosas por aquí? ¡Oh! ¿Eso son pistolas?

Numel Jalu miraba boquiabierto a la anciana, mientras Angelo Tomasini se limitaba a fruncir el ceño. En cuanto a Haydon, Crevett y Schunk, armas en mano, miraban ceñudos a la insensata anciana, en silencio.

—¡Qué hombre tan guapo! ¿Es amigo de ustedes?

—No exactamente —sonrió Crevett—. Madame, temo que usted se ha metido en un buen lío.

—¿Cuál lío?

—Pues íbamos ahora a atar bien a estos dos hombres, y a encerrarlos en un camarote… Ahora usted tendrá que hacerles compañía.

—Ah, es eso. Bueno, no se preocupen, lo tengo solucionado. Y este otro —señaló a Jalu—debe ser el emir Numel Jalu, ¿verdad? Tiene cara de gustarle demasiado las mujeres. En cambio, a Angelo no le gustan tanto. Quiero decir que sí, que le gustan, pero… una sola. ¿Para qué puede querer un hombre tan guapo cinco mujeres? Dígame, señor Tomasini: ¿no prefiere usted una sola… pero de calidad? Sea sincero, por favor.

—Ya está bien —masculló Angelo—. No tengo ganas de bromas. Terminemos.

—¿Por qué has de ser siempre tan antipático? Además, te he hecho una pregunta, ¿no es así?

Angelo movió la cabeza, y se puso en pie, Schunk le apuntó rápidamente, respingando.

—¡No se mueva! ¡Ustedes van a…!

—No sea estúpido —gruñó Angelo—. ¿Aún no ha comprendido que el juego ha terminado? Tengo una docena de hombres vigilando el yate, y sólo con que pronuncie una palabra lo convertirán en astillas, con todos nosotros dentro. ¿Es eso lo que quieren?

—Está mintiendo —jadeó Haydon.

Número Uno le miró fríamente.

—El día en que un sujeto como al Fat pueda engallarme, me pegaré un tiro yo mismo, Haydon —miró a la anciana—. ¿Has matado a Al Fat ya?

—Sí, mi amor.

—Bien —Angelo tendió la mano hacia Haydon—. Entréguenme sus pistolas.

El desconcierto entre los tres contrabandistas de armas y el emir era

enorme. Miraban de uno a otro, sin comprender nada, o cuando menos tardando demasiado en ir comprendiendo la realidad, lo que veían y oían.

Schunk, el de peor genio, fue el primero en reaccionar, congestionándosele el rostro y desviando su pistola de la anciana a Angelo Tomasini.

—¡Le voy…!

La pistola salió por el aire, debido al asombroso puntapié propinado por la anciana, que acto seguido, todavía gritando Schunk de dolor por el golpe recibido, le aplicó otro, con la mano izquierda, utilizándola como si fuese una lanza, en plena garganta.

El único que tuvo tiempo de terminar de asombrarse allí lúe el emir Numel Jalu, porque Crevett y Haydon no tuvieron tiempo ni siquiera para eso: Crevett saltó hacia atrás, con la mandíbula rota y desvanecido, debido al tremendo derechazo propinado por Angelo, que giró hacia Haydon, le clavó el codo izquierdo en la boca y volvió a golpear con el derecho, también en la boca; el crujido fue espantoso, y Haydon fue a chocar de cabeza contra el tabique para rebotar como un guiñapo.

—Me parece que a ése le has matado —susurró la anciana.

Angelo se acercó a la mesita donde estaban sus cosas y tornó la radio, que había estado abierta en todo momento.

—Enrico, esto ya está solucionado, pero venid: a ver si sabemos qué hacer con estos tipos.

—Voy, Angelo.

—Encontraréis dos más en cubierta… —miró a la anciana—. ¿Muertos?

—No, no.

—No están muertos, así que cuidado —siguió hablando Angelo por la radio.

—Sí, Angelo.

—Es todo. Cierro ya.

Cerró la radio, se guardó sus cosas y, mientras tanto, miró hoscamente a la anciana.

—Creí que te había hablado claramente en Il Gatto Bianco.

—Muy claramente, mi amor. Siempre tienes un modo muy especial de decirme que me amas.

La cabeza de Numel Jalu giraba de un lado a otro, de uno a otro personaje. Ambos estaban hablando en inglés, idioma que él dominaba a la perfección, pero… no entendía nada.

—¿Te importaría esperarme en casa? —pedía Angelo.

—No tengo inconveniente, pero me gustaría aclarar antes una cosa contigo.

—Está bien. ¿Qué cosa?

—Piensa bien tu respuesta, por favor. Considerando el fondo de este asunto, ¿quién crees que debe terminarlo? ¿Tú o yo? ¿Cuál de los dos es el intruso? Si quieres que me vaya, y terminarlo tú, de acuerdo. No me he metido con lo de Al Fat, ¿verdad?

—¿Cómo que no? ¿Qué haces aquí, entonces?

—Solamente le he dado un pequeño impulso a la cuestión. ¿Para qué perder tiempo en sutilezas, si podemos resolverlo rápidamente?

—Eso es cierto —admitió Angelo.

—También es cierto que no te he ayudado en nada con lo del rescate del emir y todo eso, ¿verdad? Y si he matado a Al Fat ha sido porque tú me lo hiciste comprender así. ¿Cierto o no?

—Cierto. Ese tipo podía haber engañado a Enrico, pero no a ti.

—Entonces, digamos que, entre unas cosas y otras, estamos en paz. ¿De acuerdo?

—Está bien. Está bien, de acuerdo.

—Así que sólo queda el final. Por lo tanto, repetiré mi pregunta: ¿quién crees que debe terminar esto, tú o yo? ¿Cuál de los dos es el intruso?

—Supongo que yo —mascculló Angelo.

—Entonces permíteme al menos que te ayude. Hagámoslo juntos. El caso es terminar. ¿Sí, mi amor?

Angelo Tomasini hizo un gesto de impotencia.

—Me pregunto cómo es posible que siempre acabes convenciéndome.

—Los dos sabemos que podrías terminarlo tú solo. Sabemos también que podría terminarlo yo sola. Dadas las circunstancias, tengo más facilidades que tú. Muchas más. ¿Quieres que te dé una pista?

—No.

—Pero, mi amor, eso lo terminaría todo enseguida…

—He dicho que no,

—Como quieras. ¿Sabes si hay champaña en este vate?

—No.

—Lo buscaré.

La anciana desapareció hacia el pasillo y Numel Jalu volvió su estupefacto rostro hacia Angelo Tomasini.

—Señor Tomasini…

—Diga, emir.

—¿Quién es esa dama? ¿De qué han estado hablando ustedes? ¡No he comprendido nada!

Angelo iba a contestar, pero en aquel momento oyeron ruido en cubierta. Angelo empuñó una de las pistolas y se quedó mirando hacia la escalerilla, pero la bajó cuando Enrico apareció, seguido de varios

hombres más, que arrastraban sin consideración alguna a los desvanecidos Lucien y Pierre.

—Atadlos a todos —señaló Angelo a los tres contrabandistas caídos en el suelo.

Enrico asintió, y dio unas órdenes. Algunos de los hombres que le acompañaban regresaron a cubierta, en busca de cuerdas. Mientras tanto, Enrico había echado un vistazo a los tres contrabandistas. Nada más ver a Haydon miró a Número Uno vivamente.

—Este está muerto, Angelo.

—Está bien. Quiero que recurras a nuestro contacto policial, Enrico. Estos hombres sólo saben de mí, como máximo, que me llamo Angelo Tomasini y que resido en Malta. Avisas a nuestro contacto y le dices que proceda a detenerles y acusarles de tráfico de armas. Son los peces gordos de una organización muy importante… El asunto pasará al servicio secreto, quizá, y entonces hablas con Giacomo. En fin, lo arreglas todo de modo que, o bien no se me mencione o, si así fuese, que parezca mentira mi intervención. Yo lo arreglaré de modo que quede claro que no he estado en Lido di Ostia. ¿Lo entiendes?

—Más o menos, sí, Angelo —dudó Enrico—. Pero hablaré con Giacomo, y él lo arreglará todo, como aquella vez.

—De acuerdo, arregladlo como podáis. Ah, dile a Giacomo que hay un barco lleno de armas acercándose a Qaman, por si el asunto le interesa. Eso les distraerá de cosas menos importantes.

—Buena idea —sonrió Enrico—, ¿Cómo se llama el barco?

—*Galatea* —dijo la anciana, reapareciendo en el *living— yacht—*. Pero no se preocupen por él: será hundido antes del amanecer.

—¿Por quién? —se pasmó Enrico—. ¿Y cómo lo sabe usted?

—¿Has encontrado champaña? —preguntó Angelo.

—No. Es decir, sí, algunas botellas, pero no estaban en el refrigerador. ¿Lo has arreglado todo, por tu parte?

—Enrico se encargará del resto. ¿Todo bien por la tuya?

—Perfecta.

—Entonces, podemos marcharnos. ¿Emir?

Numel Jalu pareció regresar de un viaje por las nubes. Seguía sin entender nada de cuanto hablaban la anciana y el señor Tomasini. Pero se puso en pie, moviendo afirmativamente la cabeza, y preguntando:

—¿Me llevan a la villa de Roma?

—Puede ir solo, si lo prefiere.

—No… No.

Angelo miró a Enrico.

—Adiós. Y no os mováis de aquí hasta que llegue Giacomo.

—Adiós, Angelo. Adiós, *signorina.*

—Hasta otra, Enrico —rió la anciana.

Poco después, los tres desembarcaron. Angelo miró hacia donde había dejado el «Fiat», y luego a la anciana, con el ceño fruncido.

—Tengo el mío cerca —se limitó a decir ella.

Capítulo VI

—NO puedo creerlo —musitó Numel Jalu.

El «Alfa Romeo» estaba detenido frente a la villa de Via Vitellia, donde parecía que no hubiese ocurrido nada. Era casi la una de la madrugada, y todo estaba en paz y silencio.

—Es evidente —dijo Angelo— que sus hombres han resuelto, por el momento, la situación, emir. ¿Le parece que podemos entrar?

—Sí… Sí, sí.

—Deben estar muy preocupados —murmuró la anciana.

—Por supuesto —dijo, con tono triste, Jalu—. Ese maldito traidor me engañó de tal modo que… ¡No comprendo cómo pude creer todo lo que me contó!

—Yo sí lo comprendo —sonrió la anciana—. Es fácil. Si ya sabía usted que habían secuestrado a cinco de sus esposas, era fácil creer que estaban intentando también algo contra usted… Cien millones de dólares son muchos millones, emir.

—Sí… Bueno, tendré que explicarles lo sucedido, y pedir disculpas a todos. Alá me ayude. Señor Tomasini, ¿cómo podré agradecerle…?

—Creo que hablamos de setecientos cincuenta mil dólares, ¿no? —alzó las cejas Angelo, sentado junto a él.

—Es verdad —Jalu se echó a reír nerviosamente—. ¡Es verdad, le prometí esa cantidad! ¡Y se la enviaré!

—Muy agradecido. ¿Vamos?

Salieron los tres del coche. La anciana, que había conducido, cerró la puerta con llave, y se fue en pos de Jalu y Angelo, cruzando la calle. Cuando se detuvieron ante las verjas, un hombre apareció presurosamente, y lanzó una exclamación al ver al emir, comenzando acto seguido a gritar, hasta que Jalu le ordenó callar, en su idioma.

La verja estaba ahora cerrada con una cadena y un candado, que el hombre de Qaman retiró. Inmediatamente, echó a correr hacia la casa.

Cuando llegaron ante ella, varios hombres salían precipitadamente, y se abalanzaron hacia Numel Jalu. Aparecieron más hombres, de modo que, en un instante, la anciana y Angelo quedaron rodeados… Jalu estaba pidiendo paciencia y dando breves explicaciones, cuando el grito de uno de sus hombres le interrumpió. El hombre, que tenía la cara hinchada, se colocó delante de Angelo, apuntándolo con su pistola,

gritando, airado… Por supuesto, Angelo le había reconocido: era el llamado Karal, al que había estropeado bastante el físico, al estrellarlo contra los barrotes. Numel Jalu intervino, y sus explicaciones dejaron a Karal desconcertado, pero apaciguado.

—Por favor, pasen —invitó Jalu—. Van a tener que ayudarme a dar una explicación muy convincente. Y no se preocupe por Karal, señor Tomasini: en cuanto sepa que le debo la vida, su actitud cambiará.

—Tiene motivos para estar enfadado conmigo.

—Lo explicaremos todo.

Uno de los secretarios de Numel Jalu ordenó que la guardia fuese dispuesta de nuevo, y los demás entraron en la casa. Fueron al salón, y allá, Jalu se dejó caer en un sillón, fatigado, más bien aplastado por la tensión nerviosa sufrida. Dos de los guardias fueron en busca de café, que tomaron mientras Numel Jalu, en su idioma, iba explicando lo sucedido, y la traición de Sileb Al Fat. Con frecuencia, en consideración a sus visitantes, hablaba en inglés, y pedía apoyo para sus explicaciones.

En definitiva, madame la Duchesse y Angelo Tomasini recibieron las más variadas muestras de agradecimiento y simpatía, y hubo risas de menosprecio hacia el dinero cuando, con inesperado humor, Angelo Tomasini dijo que, por un millón de dólares, no tendría inconveniente en dedicarse a salvar la vida a un emir cada día.

—Sin embargo —dijo, de pronto—, hay algo que todavía no he conseguido entender en este asunto.

—¿A qué se refiere? —saltó uno de los consejeros—. ¡A nosotros nos parece que está terminado!

—¡Y bien terminado! —añadió otro.

—Bueno… —vaciló Angelo.

—Él se refiere a la intervención de agentes rusos —dijo la anciana.

El silencio subrayó el pasmo de los presentes, a los que tanto Angelo como madame miraban con suma atención.

—¿Agentes rusos? —musitó, por fin, Zal Ameb.

—Agentes secretos soviéticos —aclaró todavía más la anciana—. En menos palabras: agentes de la MVD.

—¿Quiere decir que en todo esto han intervenido los rusos, apoyando a Sileb Al Fat? —respingó Dar El Maal.

—Eso es lo que nos tiene sorprendidos al señor Tomasini y a mí: si los rusos hubiesen intervenido apoyando a Al Fat, las cosas no nos habrían resultado tan fáciles a nosotros.

—Pero ¿cómo sabe usted que intervienen los rusos? —preguntó el emir.

—Pues… Bueno, estoy segura de que vi a un par de ellos rondando por estos alrededores.

—¿Y cómo sabe que eran rusos?

—Los había conocido antes, en París. ¿Te acuerdas de aquel asunto de hace siete meses, Angelo?

—Claro —mintió con todo aplomo Número Uno—. Recuerdo que, a tu regreso, me hablaste de esos rusos. Pero no le dimos importancia, ya que nosotros no tenemos nada que ver con esas cosas de espionaje. De todos modos, siempre va bien tener identificados a algunos espías, al menos, ha ido bien en esta ocasión. Aunque yo creo que te has equivocado.

—¿Por qué crees eso?

—Si los rusos están interviniendo en esto… ¿dónde están? ¿Por qué no han hecho acto de presencia? Tú dices que los viste. De acuerdo, quizá viste bien. Pero… ¿dónde están ahora esos dos rusos?

—¡Hay que averiguar eso! —saltó Zal Ameb—. ¡No sería nada agradable que los rusos supiesen que estamos aquí! ¡Y menos aún, que se enterasen de lo que pretendemos, antes de que hayamos firmado el convenio con los del MCE!

Además del emir, habían cinco hombres que estaban capacitados para dar su opinión. Lo malo fue que todos quisieron darla al mismo tiempo, con lo que se organizó un jaleo tal que, finalmente, Angelo Tomasini, para sobresalto de todos, batió palmas enérgicamente.

—¡Señores, por favor!

El silencio fue súbito, notable. Los seis guardias que permanecían ahora más que nunca al acecho de lo que pudiera sucederle a su señor, miraron, sobresaltados, al hombre que, al parecer, era italiano.

—Por favor —pidió más suavemente Angelo—. Aunque ustedes no están acostumbrados a esto, yo pido que concedamos la palabra a la señora.

Tras un instante de estupefacción, hubo algunas risas. Luego, el emir alzó una mano.

—¿Sí, emir? —le miró amablemente la anciana.

—Perdone que tome yo la palabra en su lugar, señora. Pero, como han podido observar usted y el señor Tomasini, su afirmación respecto a la injerencia de los rusos en este asunto, nos ha soliviantado a todos. Ahora, y creo que hablo en nombre de todos, yo le pido a usted que se ratifique en lo que ha dicho, y que, si le es posible, nos aclare positivamente su afirmación. Por un lado, parece que usted vio a dos rusos, que ya conocía de París. Por otro lado, admiten ambos que si la MVD hubiese estado operando cerca de nosotros, las cosas no habrían sido tan fáciles para ustedes. Por favor: ¿en qué quedamos? ¿Hay o no hay rusos? ¿Dónde están? ¿Qué hacen? ¿Qué es, exactamente, lo que quieren? Ahora, sí, le ruego que tome la palabra.

La anciana miró a Angelo Tomasini, un tanto irritada.

—Esto no es justo, mi amor —dijo en español—, me dejas sola.

—El pastel es tuyo —replicó Angelo.

—Quedamos en que nos lo comeríamos entre los dos.

—Bueno, es cierto. Pero mis métodos habrían sido diferentes. Soy una persona de — comportamiento general más rectilíneo que tú. Sin enfados, sin discusiones, de verdad, mi amor: resuélvelo a tu manera.

La anciana sonrió.

—Deberíamos estar ahora en Villa Tartaruga.

—Sí. Pero estamos aquí. Estoy esperando tu sorpresa.

—No creo sorprenderte a ti.

—Yo tampoco lo creo. Pero si tú estás…

—Por favor —pidió Numel Jalu—, no estamos entendiendo lo que dicen.

—Perdón —pidió madame, hablando de nuevo en inglés—. Vamos a ver si consigo explicarme. En realidad, es muy fácil: alguien que está aquí ha preparado una sucia jugada.

De nuevo, una vez más, el silencio.

—¿Qué trata de decir? —susurró Jalu—. ¿Qué jugada?

Madame encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el humo durante unos segundos. Luego, asintió, como si aprobase sus propios pensamientos.

—En mi opinión, todo esto de vender petróleo al Mercado Común Europeo, es una jugada rusa, una jugada de alto espionaje. De altísimo espionaje. Retorcida, sutil, estudiada, por supuesto inteligente. Una jugada de espionaje, en suma. O más bien, de subversión continental. Si hay algo que ilusione a los rusos, ese algo es abrirse las puertas hacia Europa occidental, tanto en el terreno político como en el económico. En ambos aspectos, tienen las cosas un tanto difíciles, pese a que Europa no se entiende bien. En realidad, las naciones europeas se entienden mal. Siempre tienen pequeñas cosas sobre las que discutir entre ellos. Y cada discusión, aleja a los estados europeos del entendimiento cordial. ¿Qué creen ustedes que pueden pensar los rusos al respecto?

Otra vez el silencio.

La anciana fue mirando de uno a otro de los árabes. Por fin, sonrió, y movió la cabeza.

—Pues los rusos piensan que, cuando dos personas están en discusión, lo mejor que pueden hacer para separarlas definitivamente es darles motivos aumentados de irritación, unas contra otras. Esto no es un pensamiento exclusivo ruso, es internacional. Ya conocen la frase que dice: divide y vencerás. Si nos ataca un ejército compuesto por cien mil hombres, y conseguimos dividirlo en fracciones de mil, por ejemplo, lo debilitamos. Ahora, supongamos que Francia e Italia están discutiendo, y que Rusia proporciona a ambos motivos suficientes para que la discusión llegue a extremos verdaderamente desagradables.

Lógicamente, Francia e Italia acabarán por enfadarse, y, vamos a suponerlo así, romperán sus relaciones en todos los órdenes. Entonces, llega Rusia, y hace ofertas por separado a Francia y a Italia. ¿Me siguen?

El silencio fue una respuesta afirmativa. Madame volvió a chupar de su cigarrillo, con un gracioso gesto.

—Sí… Llega Rusia, y hace ofertas por separado a Francia y a Italia. Irritados como están el uno con el otro, ambos países aceptan la oferta rusa. Examinemos ahora lo que ha conseguido Rusia. Por un lado, convenios por separado con ambos países. Por el otro lado, crear un clima de tensión entre Italia y Francia… ¿Cuál es la consecuencia de todo esto?

—Un punto de debilidad en el bloque europeo —saltó uno de los consejeros.

—Exacto —le miró aprobadoramente la anciana—. Pero los rusos van más allá. Quieren crear una debilitación total en las relaciones del bloque europeo. Cuanto más débil sea el bloque europeo, más fuerte será Rusia, que podrá ir ganando terreno en todos los órdenes. Pero, claro, para eso, debe crear un clima de… antagonismo en Europa, de modo que todos los países europeos, o al menos los más importantes, estén irritados unos contra otros. Ahora, señores, busquemos un buen, motivo para que Europa arda en furia, unos contra los otros. Y digo un buen motivo. Algo capaz de producir colapsos económicos, crisis de toda clase, paros laborales en masa… Vamos a suponer que le quitamos el petróleo a Europa. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre entonces?

—Europa estaría muy irritada contra nosotros, los árabes.

—Oh, sí. Perfecto. Pero supongamos ahora que ustedes no les han privado de petróleo a todos. Sólo a unos cuantos. En cambio, a otros les han vendido todo el petróleo que puedan necesitar. ¿Qué ocurre?

—Europa sin petróleo se enfada con Europa con petróleo —casi gimió Zal Ameb.

—Sí. Eso ocasiona dos cosas. Una: ustedes pierden clientes y ganan enemigos. Dos: Europa queda debilitada por sus rencillas internas. Y claro está, si llega Rusia ofreciendo petróleo a la Europa sin petróleo, la oferta es aceptada. ¿Consecuencia?: Rusia ha colocado su gran zarpa en la mitad de Europa. O sea, un paso más para el control económico de todo el continente. Y, considerando que si se domina el mercado europeo del petróleo, se domina en buena parte a los países productores de petróleo… ¿no podemos pensar que Rusia estaría entonces en condiciones de dominar, en cierto modo, a los países árabes, ya que éstos sólo podrían vender petróleo donde Rusia quisiera?

—¡Por Alá! —jadeó Amud Mafar.

—¿Comprende la jugada? Qaman vende petróleo al Mercado Común. Quizá, no a todos, pues se pueden hacer convenios privados. Y esta

venta ocasiona disensiones en Europa. Llega Rusia, mete su zarpa en los países resentidos, provoca un colapso continental en relaciones políticas y económicas, y va haciendo amigos. Cuando ya son amigos suyos varios países, entra en juego la OPEP. Rusia decide que sus amigos europeos no compren petróleo. Consecuencia final: hecatombe en Europa, la ruina de los países árabes. ¿Lo entienden? ¿De verdad? No es algo que se vaya a conseguir en un mes, ni en un año. Es un plan a largo plazo: dos años, tres, cinco… Pero ahí está. Y todo, porque Qaman vende petróleo al MCE.

—Pero nosotros no podíamos prever… —empezó Dar El Maal.

—Yo no digo que hayan sido todos ustedes. Pero alguien sí ha sabido esto desde el principio. Alguien que está trabajando para los rusos. Podríamos decir que es un agente de gran categoría e importancia: nada menos que pone a Europa y a los países árabes bajo la influencia soviética, de un modo… agobiante. Entonces, yo pienso que los dos agentes rusos que estaban rondando esta villa esperaban algo. ¿Se les ocurre qué cosa esperaban?

—No… No…

—Es muy simple, señor —miró la anciana al consejero—. Lo que esperaban esos dos rusos era el convenio firmado por ustedes y el MCE, para publicar una copia en toda Europa, a fin de provocar un total antagonismo continental. Y, al mismo tiempo, claro, vigilaban y protegían a su agente. Al cabeza visible de este magnífico plan soviético. Sólo nos falta saber, ahora, quién es ese agente, quién es el agente que ha actuado bajo las directrices de Moscú. ¿Quién? ¿QUIEN?

La respuesta era tan sencilla que ni siquiera hubo sorpresa en las miradas que todos dirigieron hacia Numel Jalu. Había estupefacción, incredulidad, pero no una sorpresa digna de este nombre.

Numel Jalu estaba lívido, y le temblaba la barbilla. Pero aún tuvo fuerzas para decir:

—Usted… usted está loca…

—Le aseguro que no, emir. Mire, en cuanto le hablé a Angelo de los rusos, y le dije que éstos habían seguido a Al Fat, él lo comprendió todo. Pero estaba la jugada de Al Fat, y eso, tanto a él como a mí nos tenía desconcertados. ¿Estaba Al Fat de parte de usted, o estaba realizando su propia jugada? Resultó que el desdichado estaba realizando su propia jugada, pero eso era un juego de niños para Angelo y para mí. Así que no perdimos tiempo: la liquidamos rápidamente. Es decir, él se encargó de eso. Luego, los dos discutimos nuestra jugada: ¿lo hacía él, lo hacía yo, lo terminábamos juntos? Decidimos terminarlo juntos. Lo que ocurre —sonrió—es que Angelo es poco hablador, y me ha cedido la palabra. Vamos, emir… ¿No lo comprende? Teníamos que sospechar algo así, en cuanto supimos que los rusos vigilaban la villa, pero no estaban de parte de Al Fat. ¿De parte de quién estaban, entonces? Tras esta pregunta, nos

hicimos otra: ¿qué iba a pasar, realmente, si Qaman vendía petróleo al Mercado Común Europeo, quizá sólo a parte de los países pertenecientes a esta Asociación? Fue como ir montando un sencillo rompecabezas. La única duda era si se trataba de usted personalmente, o de algunos o alguno de sus amigos… o de todos. Si al empezar a hablar, hubiésemos visto que todos estaban de acuerdo, habríamos comprendido que lo mejor era callar y marcharnos. Pero todos han quedado atónitos… Por lo tanto, nadie sabía nada de esto. Nadie, menos uno. Usted, emir. ¿Quién mejor que usted para ser ese importantísimo agente soviético, con una sola misión en toda su vida? Una sola y fantástica misión: la sumisión de Europa y de los países árabes a Rusia. ¿Cierto? ¿Cierto, emir?

Numel Jalu se pasó una mano por la frente, que goteaba sudor. Más bien, chorreaba sudor.

—No… ¡No es cierto! ¡Jamás podrían probar una cosa así!

Madame miró con irónica sorpresa a Numel Jalu. De pronto, de las profundidades de su negro y recargado vestido, sacó un paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos.

—Adelante —sonó una voz masculina.

—Traigan a los rusos.

—¿A la villa? ¿Ya?

—Sí. Ya. Ahora mismo.

Madame bajó el cigarrillo, *y* se guardó la radio, mientras Angelo Tomasini se ponía en pie, y se dirigía hacia la puerta. Numel Jalu estaba bañado en sudor.

—No es cierto que yo conociese a los agentes rusos —dijo la anciana —: lo que ocurrió fue que ellos se atrevieron a molestarme, y, con ello, sólo consiguieron ponerse en evidencia. Vigilaban a Al Fat, a cualquiera que entrase o saliese de la villa, supongo que temiendo que alguien hubiese descubierto algo, y tuviese contactos que no les interesaban a ellos. Y no son dos, sino tres. Ahora, piensen ustedes, o aquel de ustedes que sea elevado a emir, si les conviene o no les conviene realizar el negocio que tenían planeado.

Nadie contestó.

Y el silencio persistió hasta que regresó Angelo Tomasini, acompañado por algunos de los guardias, que sostenían a tres hombres, cuyo aspecto físico hizo palidecer a los árabes. Tras estos dos hombres, otros dos, en perfectas condiciones físicas.

Los tres agentes rusos fueron dejados caer delante de Numel Jalu, cuya palidez era cadavérica. Uno de ellos alzó la cabeza, y sus mortecinos ojos se fijaron en el emir.

—Lo… siento —jadeó en ruso—. Lo siento, emir… No pudimos soportarlo…

La anciana se arrodilló delante de Ilya, y le cogió el rostro con ambas manos.

—Ilya —susurró—. Ilya, lo siento, lo siento yo también, pero ustedes nos obligaron. Es el juego… Unos pierden, otros ganan. Ilya, de verdad: lo siento.

—El juego… es el juego —alentó el ruso—. Gracias por dejarnos vivir, Baby.

—Primera condición —alzó un dedito—, cuando estos tres hombres hayan dicho lo que tienen que decir, y que confirma mis explicaciones, los dejarán marchar. Segunda condición —alzó otro dedito—, decapiten a Numel Jalu o asegúrense de que, sea como sea, jamás podrá volver a intentar nada parecido. Tercera condición —alzó otro dedito—, ¡por Alá, dígannos qué hacemos con esas cinco esposas de su emir! ¡No quiero volver a verlas!

ESTE ES EL FINAL

SENTADA en una de las butacas del Aeropuerto Luqa, en Malta, la bellísima señorita Montfort vio aparecer a las cinco mujeres, acompañadas por tres hombres árabes, que portaban su equipaje. La comitiva llamaba la atención, ciertamente, mientras se dirigían a la puerta de salida para tomar su vuelo a Túnez, recién anunciado.

Cuando pasaron cerca de la divina espía de los ojos azules, una de las cinco mujeres, la pelirroja, se detuvo, mirando sorprendida a Brigitte.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Todavía está usted aquí?

—Ya ve —sonrió Brigitte—, como no encuentro alojamiento, me he instalado en el aeropuerto. ¿Se van ustedes?

—Sí —pareció perpleja Rachel—. No sabemos lo que ha pasado. Regresamos a Qaman.

—Les deseo un feliz viaje.

—Me parece que ahora somos viudas —reflexionó Rachel—. La verdad, no sé qué diantres vamos a hacer a Qaman, pero… allá vamos. Bueno, adiós, señorita Piamonte.

—Repito: feliz viaje.

Cuando las cinco esposas del emir de Qaman hubieron desaparecido, la señorita Montfort se puso en pie, cogió su maleta y su maletín, y salió del aeropuerto. Llamó un taxi.

—Villa Tartaruga —dijo—. Está en…

—No diga más.

No hizo falta decir más, en efecto. Casi media hora más tarde, la señorita Montfort se apeaba delante de Villa Tartaruga. Tras mirar al taxi alejándose, se acercó a la verja, la empujó, y entró. El silencio era total. Abajo, el mar azul refulgía de un modo cegador. Unas cuantas gaviotas pasaron entre el cielo y el mar, y Brigitte las estuvo mirando, entornados los ojos, sonriendo. Siguió por el perfumado sendero, cargada con su maleta. La puerta de la casa se abrió, y apareció la gordísima y blanquísima *Mamma* María, corriendo, agitando las manos de morcilludos dedos.

—*Signorina, signorina…*!

Brigitte se detuvo, dejó la maleta y el maletín en el suelo, y miró hacia la zona de césped, junto a la piscina, donde Angelo Tomasini, Número Uno, parecía dormir apaciblemente al sol. Por supuesto que

sabía que ella había llegado.

María llegó ante ella, gritando alegremente, y Brigitte refunfuñó, mirándola hoscamente:

—Vaya… ¿De modo que hoy sí me conoce, *Mamma* María?

—¡Oh, *signorina*, perdóneme! El *signore* me obligó a hacer aquello. Me dijo que cuando usted llegase, fingiese no conocerla, y que la echase de aquí, de casa… ¡Fue terrible para mí, terrible! ¿Me va a perdonar, *signorina*?

—Me parece que no tengo más remedio, si quiero estar bien atendida en esta casa.

María se echó a reír, abrazó y besó a la *signorina*, y, cargando con su equipaje, regresó a la casa, sin dejar de reír. Brigitte volvió a mirar hacia la piscina, junto a la cual, Número Uno continuaba su apacible exposición al sol. Brigitte comenzó a caminar hacia allí, llegó al césped, se quitó las ropas, y se tendió en la hierba. ¡Qué bien se estaba al sol! Pasó un minuto, dos, tres, diez, quince…

De pronto, notó el contacto de una mano en un seno, y se volvió. Número Uno, de costado, la estaba mirando, hoscamente.

—De acuerdo —refunfuñó—. Es cierto, a mí me basta con una sola mujer, si es de calidad. Y ahora, por todos los demonios, ¡dime qué sentiste cuando llegaste aquí y viste a cinco mujeres en casa!

—No sentí nada —sonrió Brigitte—. Hay algo indestructible entre nosotros, mi amor. Comprendí que algo pasaba, eso es todo.

—¿No tuviste celos… o algo así?

—¡Claro que no! —se sorprendió Brigitte—. En realidad, esas chicas han sido solamente unas… unas cuantas ratas en el jardín, que ya han sido expulsadas. Y puesto que ya no hay ratas, aquí me tienes.

—¿Cómo te fue por Singapur?

—Psé. ¿Todavía estás enfadado?

—Sí —mintió Número Uno.

Brigitte rodó sobre la hierba, hasta que su cuerpo se juntó al de Angelo Tomasini, y se abrazó dulcemente a él, bajo el tibio sol primaveral.

—Bueno —murmuró, comenzando a darle pequeños besitos en los labios—, veamos si se me ocurre algún modo de conseguir que se te pase el enfado…

Angelo Tomasini rodeó el espléndido cuerpo de seda y oro con sus brazos, y cerró los ojos, mientras notaba en sus labios los besos de Brigitte.

Vivir con Brigitte, sí era VIVIR.

FIN

Baby...
¿es amor?

SI
Pero también
es acción,
es dureza,
es inteligencia.

BRIGITTE «BABY» MONTFORT
a pesar de la despiadada lucha que sostiene contra las fuerzas del Mal que corrompen nuestro desquiciado mundo es, en el fondo, una dulce muchacha que prefiere una rosa a un cohete nuclear.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN SU SERIE ARCHIVO SECRETO
ofrece a sus lectores las aventuras de esta famosísima agente conocida popularmente como la espía «BABY».

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.**